

REPERTORIO AMERICANO

SEMANARIO DE CULTURA HISPANICA

Tomo XXV

San José, Costa Rica **1932** Sábado 20 de Agosto

Núm. 7

Año XIV. No. 599

SUMARIO

Paul Claudel.....	Jacques Maudale	Recuerdo de Montalvo.....	Eugenio González R.
Parábola de Animus y Anima.....	Paul Claudel	Se celebró el 13 de abril.....	José Vasconcelos
Paul Claudel, misionero del lirismo católico.....	León Pacheco	De "La vida de San Adefesio".....	Salomón de la Selva
La glosa de los animales feroces.....	A. H. Pallais	Condenemos la línea tortuosa y aspiremos a imponer la línea seguida.....	Juan del Camino
La crueldad iberoamericana.....	Joaquín Edwards Bello	La maricas.....	Héctor Solano Blanco
Menéndez Pelayo.....	Ramiro de Maeztu	Semblanza de Blanca Luz Brun.....	Jesús S. Soto

"Todo este mundo que me rodea ¿qué sabe de las cosas?"

"Se apodera rápidamente de lo que le sirve y caza al vuelo cuanto le ayuda a vivir su pequeña comedia.

"Pero cada cosa tiene para mí una voz y me toca en lo más profundo del corazón".

Estas son las palabras encontradas en los *Pensamientos*, de Confontaine, ciego como la Sinagoga de los ojos vendados que se ve todavía con su cetro roto en las puertas de las viejas Catedrales. Pero, casi como un misterio íntimo y hondo conserva el tesoro indefectible de la Promesa...

El mundo no le ha sido dado al hombre sólo como un espectáculo, sino también como un instrumento.

Nosotros, que nos servimos de las cosas que nos rodean para nuestras necesidades, hemos perdido la costumbre de considerarlas en sí mismas, por sí mismas, en el solo pensamiento, que son, que existen.

El artista les presta una atención más desinteresada, y cuando las mira con un corazón puro hace descubrimientos maravillosos. Entre los artistas el poeta ocupa una posición especial, más difícil y más humana a la vez. No puede, como el músico, imitar con sonidos "el bullicioso himno" de la naturaleza, ni tampoco, como el escultor y el pintor, copiar con masas o colores, el espectáculo que ella presenta.

Su instrumento son las palabras, estos signos rápidos y esquemáticos, gracias a los cuales hemos hecho al mundo capaz de servirnos.

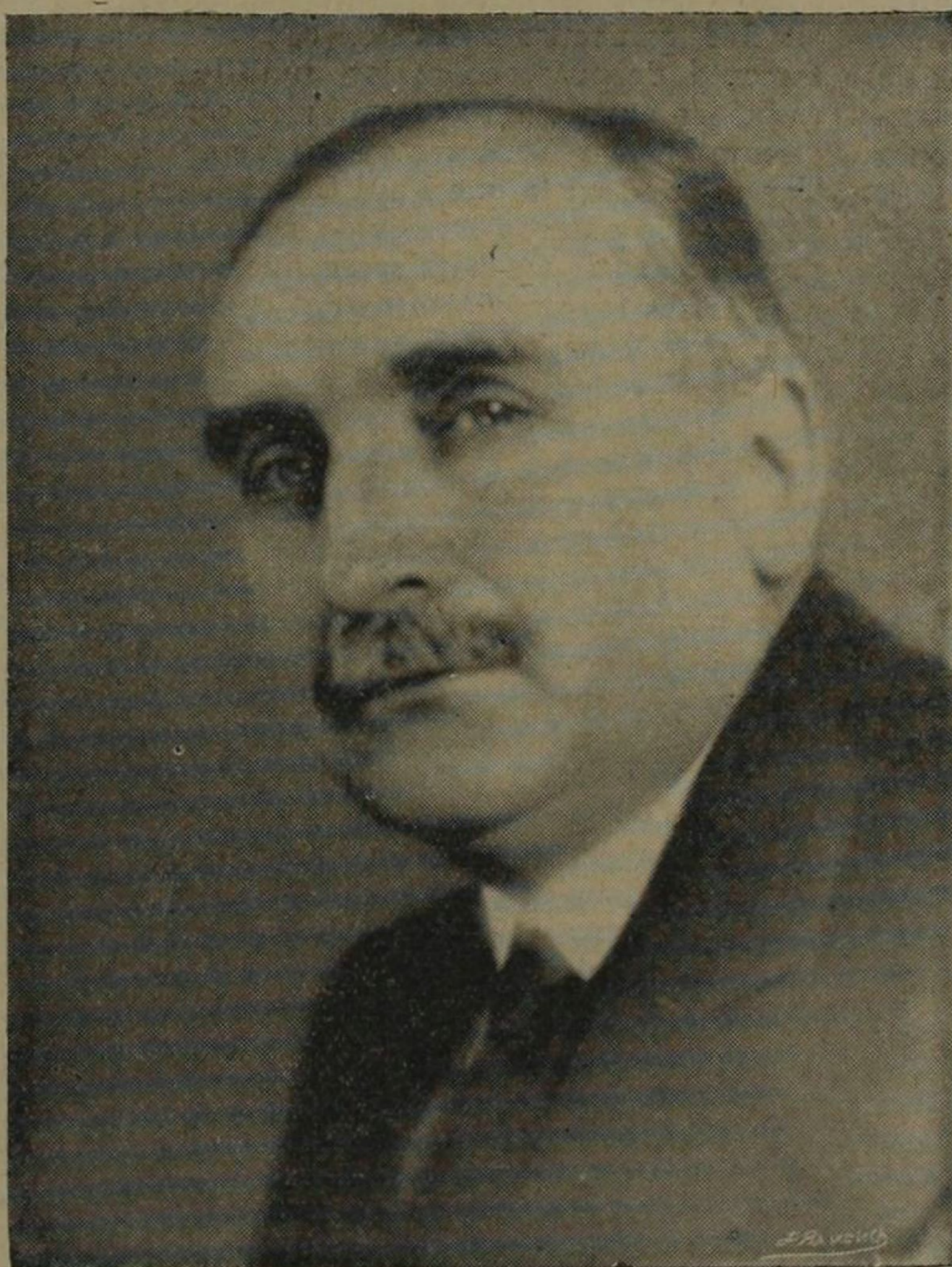
El poeta, pues, si quiere que su obra sea verdadera y sentida, debe encontrar una relación estrechísima entre la palabra y la cosa.

Para una búsqueda así no existe método; únicamente el espíritu artístico del poeta puede descubrir la correspondencia del vocablo con el objeto.

Cuando se dice que el mundo habla al poeta, ello se refiere precisamente a su capacidad espiritual de ver un mundo

Paul Claudel

= De *Criterio*, Buenos Aires =



Paul Claudel

Parábola de Animus y Anima

= De *Alfar*, La Coruña, España =

Las cosas no van bien en el hogar de Animus y Anima, el ingenio y el alma. Lejos quedaron aquellos días—la luna de miel duró poco—en que Anima tenía derecho a hablar sin trabas ante el arrobo de su marido. Después de todo, ¿no es Anima quien trajo la dote y sostiene la casa? Pero Animus no se dejó reducir largo tiempo a posición subalterna, y mostró su verdadera condición, vana, pedantesca y despótica. Anima es una ignorante, una estúpida que nunca fué a la escuela, mientras que Animus sabe una porción de cosas, sorbe libros y libros, ha aprendido a ha-

(Pasa a la página siguiente)

suyo. Este lenguaje secreto antes de dirigirse a muchos con el intérprete del poema, es, ante todo, oído por uno solo. De otro modo no sería verdadero, y en esto se diferencia la verdad poética de la verdad científica. Pero dejemos por ahora estas consideraciones que nos podrían llevar demasiado lejos.

El poeta debe ser original, para ser algo. Y esta originalidad tiene dos aspectos: es menester que el mundo se le aparezca antes a él distinto de como ha aparecido antes que él y que la línea de que se sirve tenga un carácter especial, propio.

El primer requisito para ver bien un objeto es encontrarlo nuevo. Sucede con gran frecuencia que muchas personas tienen una imaginación tan pobre, que no se asombraban de nada.

Paul Claudel siente una profunda maravilla, ante el espectáculo del mundo. Todas las interpretaciones y las representaciones que nos han sido dadas desde hace más de seis mil años no le embarazan absolutamente.

En verdad él ha podido gozar de la naturaleza.

Desde su primera partida para los Estados Unidos en 1893, la carrera de Paul Claudel no ha sido otra cosa que un gran viaje por el mundo interrumpido por largas pausas en países diferentes de Francia, en el Extremo Oriente y en este hemisferio occidental

que más cada día se revela como una tierra nueva, tal cual Cristóbal Colón habría podido imaginársela. Pero deteniéndonos en estos detalles, que también tienen su importancia, nos expondríamos a no apreciar debidamente lo esencial.

En Paul Claudel todo demuestra que para él la visión del mundo ha tenido siempre esa florecencia de novedad, que no se ha alterado ni siquiera con el transcurso de los años.

En una página de *Connaissance de l'Est* no lo encontramos acaso niño:

"Vuelvo a verme sobre la más alta rama del árbol expuesto al viento, niño columpiado entre las manzanas.

"Desde allí, como un Dios, sobre su solio, espectador del teatro del mundo, absorto en profundas reflexiones, examino el relieve y las conformaciones de la tierra circundante, la disposición de las pendientes y de las llanuras; fija la mirada como la de un cuervo, escruto la campaña dominada desde mi atalaya, sigo con los ojos ese camino que apareciendo dos veces consecutivas sobre las crestas de los collados, va a perderse en el bosque.

"Nada encuentro sin interés: la dirección del humo, el contraste de sombras y luces, el regreso de las labores campesinas, ese carruaje que avanza por la carretera, los tiros de los cazadores.

"No siento, ni mucho menos, la falta de diarios o de escritos, en que no leo sino el pasado; no tengo más que treparme a la rama y, traspuesta la pared, veo ante mí todo el presente. La luna asciende, y yo vuelvo hacia ella la cara, encerrado en este cajón de frutas. Permanezco inmóvil y de cuando en cuando cae una manzana, como un pensamiento maduro y grave".

Pero antes de enumerar tantas maravillas, veamos el manantial.

El hombre no es nuevo. El niño mismo, rodeado de tantos adultos, pierde con gran facilidad la originalidad de su visión nativa. Bien pronto frías pinturas convencionales, sin color y sin relieve, se substituyen, como en las mutaciones del teatro, al espectáculo real.

Y nosotros llevamos tristemente una existencia artificial en un mundo esquematizado.

Se precisa bastante más que cierta particular calidad física de los sentidos; se precisa una verdadera ingenuidad de espíritu para escapar a este universo ya definido. Y esta ingenuidad no se conserva ciertamente sino merced a una especie de ascensión...

La persona que todo a sí misma lo refiere, como un avaro que va amontonando tesoros ante una posibilidad, bien lejana, tesoros que, por eso, jamás podrá utilizar, ese tal, repito, nunca conocerá ni siquiera el mundo que le rodea. Paul Claudel alude en algún pasaje a esta extraña avaricia. Numerosos poetas han deprecado la insensibilidad de la naturaleza que no se ocupa ni de nuestras alegrías ni de nuestros sufrimientos. ¿Es posible imaginar un prejuicio tan grotesco? ¿Se pretende acaso que nuestras alegrías hagan reverdecer las plantas y que nuestras lágrimas influyan sobre la presión barométrica? Como Chesterton lo ha dicho profundamente, la naturaleza no es nuestra madre sino nuestra hermana.

Evidentemente la naturaleza jamás ha respondido a esos poetas. En cambio, a aquel que todo lo olvida, y a sí mismo antes que nada, siguiendo el dictado evangélico, todo lo demás, es decir, el mundo entero, le es dado generosamente.

Y como una respuesta murmurada en voz baja, encuentra la relación secreta y necesaria entre la negrura del pino y el verde del arce. Tal es la actitud, llena

de abandono, de Paul Claudel en presencia del universo.

Dejada toda presentación personal, cerrado todo retorno sobre sí mismo, no es otra cosa en la luz del universo, que un átomo danzante. Y sin duda, experimenta bien a menudo la amargura del destierro, la angustia de esta irremediable separación.

Pero en un mundo, donde el pecado ha destruído las primitivas armonías, la verdad se adquiere con el dolor que es estímulo a la inteligencia.

Se puede pensar que si Claudel no hubiese jamás abandonado su Champaña, o si hubiese seguido viviendo en París entre los literatos, con gran placer de una y otra parte, un velo cada vez más impenetrable de palabras y de fórmulas habría ensombrecido su maravilloso temperamento de poeta.

Un fecundo aislamiento fué durante largo tiempo su actitud preferida, entre los fríos puritanos de Boston e, inmediatamente después, entre las multitudes amarillas cuya alma nos está más cerrada aun que las fronteras de sus Estados. Una soledad en la que Paul Claudel, durante años enteros ha vivido con Dios, como los antiguos patriarcas que andaban de un extremo al otro del desierto. Y el mundo se ha abierto ante él como un libro de estampas que conviene ir poco a poco conociendo. Semejante investigación exige al hombre todo entero; no simplemente con la mirada, sino con toda su alma es que debe entregarse a la contemplación. No se identifica a un hombre sencillamente por sus ojos, sino por todo su porte, por su manera de ser, por los movimientos de la cabeza, por el gesto del brazo, por el ritmo personal, por todo el conjunto, en una palabra.

De igual suerte, ningún objeto está aislado; hasta el más humilde de ellos necesita, para manifestarse, del concurso de todos los demás.

Más aun; el que contempla debe unir-

Jacques Madaule

Parábola de Animus...

(Viene de la página anterior)

blar con una piedrecita en la boca y se expresa tan bien, que sus amigos, jamás fatigados de oírle, aseguran que es imposible hablar mejor. Ahora Anima no tiene derecho a decir una sola palabra; él se las quita de los labios y sabe mucho mejor que ella misma lo que quiere decir, y merced a sus teorías y reminiscencias lo amasa tan bien, que la infeliz, después, no reconoce su pensamiento. Animus no es fiel, lo cual no le impide ser celoso, pues en el fondo sabe que Anima es la dueña única de la fortuna y él un parásito que vive a su costa. Para explotarla a su antojo, trama tretas, la pellizca y fragua historias sentimentales sonsacándole su opinión, que después cuenta a sus amigotes de café. Durante esas salidas ella queda callada, distribuyendo su actividad entre la cocina y la limpieza, esta última no fácil porque después de las reuniones literarias de Animus todo huele a colilla cuando no a algo peor. En el fondo Animus es un burgués de costumbres minúsculamente metódicas que gusta de comer siempre los mismos platos. Pero acaba

se a los paisajes y al ambiente con todos los sentidos a la vez y también con el movimiento interior de la vida en toda su profundidad.

Y he aquí por qué Paul Claudel en su *Connaissance de l'Est*, donde se encuentran casi todos los secretos de su genio, nos habla tan a menudo de su propia actitud y de la condición de su cuerpo.

"¡Siempre, Ceilán, me acordaré de ti! Cuando con lágrimas en los ojos, bajo el peso de una desgracia, vagaba bajo tu cielo pluvioso, masticando una hoja de canela; viandante extraviado, juez sagaz de la largura de las sombras, nada pierdo de la augusta ceremonia de la jornada; ebrio de ver, lo comprendo todo.

"Este puente que traspongo en la paz de la hora vespertina, este cerro que escalo y desciendo, este valle que atravieso entre tres ríos, esta roca ardua y prominente donde ocupó mi puesto para asistir al final de lo que ha sido el día... Sin pensar en otra cosa camino, con la cabeza como aislada del cuerpo, como un hombre aquietado por la acidez de un perfume demasiado fuerte.

"Con la palma acaricio estas grandes alfombras tejidas por los pinares sobre los jacintos del valle, verifico con los dedos estos detalles inmensos en la trama y la bruma de este día invernal, una fila de árboles, un caserío".

Podrían multiplicarse indefinidamente las citas. Estas bastan para demostrar lo que he querido decir.

Tantas precauciones han resultado inútiles; he aquí la prometida recompensa.

De pronto hace explosión el entusiasmo. Y nos es dado oír un himno a la tierra, al cielo, al mar.

No es solamente la embriaguez de la belleza contemplada; es también el deleite del conocimiento—el esplendor de la luz, que es la imagen de la verdad.

de ocurrir en el matrimonio algo extraño: un día que no se sabe si él entró de súbito o se estaba después de la comida, o estaba absorto en sus combinaciones, Anima, creyéndose sola, se puso a entonar en la habitación contigua una canción misteriosa y maravillosa cuya cadencia, cuyo sentido, le fué imposible a él entender. A partir de ese día ha recurrido en vano a las más oblicuas incitaciones para hacérsele repetir; pero Anima se hace la desentendida, y calla. El Alma calla en cuanto la mira el Ingenio. Y Animus, para engañarla, sale, finge hablar ruidosamente con sus amigos, silba, tañe el laúd, sierra madera o canturrea cuplés sandío. Entonces Anima mira en derredor, escucha hondamente, respira, se tranquiliza poco a poco al creerse sola, y va a abrir la puerta a su divino amante.

Pero Animus, que tiene los ojos en la nuca, según suele decirse, no ve nada.

Paul Claudel

(Traducción de A. Hernández Catá).

Paul Claudel, misionero del lirismo católico

— Envío del autor. — San José de Costa Rica —

El poeta Paul Claudel, embajador de Francia en los Estados Unidos, ha sido el huésped de París recientemente. Este episodio no tiene ninguna importancia en la vida de este hombre que ha descubierto la tierra, durante una existencia errabunda, al mismo tiempo que la profundidad de su arte y la serenidad de su espíritu católico. En sus nostalgias —y él es el primer poeta que ha hecho de la nostalgia un elemento de vitalidad constructiva—, conviven las fuerzas más opuestas de la acción y del ensueño, en una mezcla que tiene algo de la gravedad de la razón y de los impulsos del misticismo: es la amplitud del mundo, con todas sus infinitas posibilidades humanas y naturales, la que rectifica la dureza de su inteligencia y hace que su poesía florezca como un don "divino". Por eso la movilidad humana de Paul Claudel, que repercute a través de todas sus obras, es lo más interesante para seguir la evolución de su obra. Nadie más opuesto que él, sin embargo, al mensaje que nos traen sus versos y los personajes de sus piezas de teatro, porque Claudel rompe las líneas de la tradición de una cultura de orden para ensanchar sus horizontes barbarizando todos sus elementos, desde la expresión hasta la esencia del lirismo. Podrá alegarse, a favor del genio francés, que este poeta es cristiano y que su inspiración le viene de lo más vernáculo de una cultura europea: lo cierto es que en esta manifestación lírica hay un fondo de pureza natural que no estábamos acostumbrados a encontrar en lo que nos legó el siglo XIX. Acaso haya que ir hasta los ingleses y aun hasta los americanos para encontrar una capacidad como la de Paul Claudel: pensad que trae una renovación de valores en una religión que en una época de ortodoxia hubiera provocado una reacción peligrosa para el reformador. En efecto, Claudel da vitalidad al catolicismo con todos los elementos de una vida moderna, de una visión de sus propios recursos espirituales que se han ido purificando al contacto de todas las razas y de todas las civilizaciones que ha contemplado... Paul Claudel es un misionero del lirismo católico...

Hombre que saca de todos los elementos de la tierra el sabor de una actividad perenne; poeta que desentierra del pasado—en su forma de dogmas, de estratificaciones sentimentales, de creencias, de civilización—, los principios con qué elaborar la obra del futuro; creyente para quien la creencia es un valor estético; católico practicante: Paul Claudel resume las más opuestas condiciones de una raza sedentaria, madura en ironías y en burlas, fecunda en recursos espirituales. El caso suyo es de los más alarmantes—destruyendo así toda ley sociológica—pues Claudel es un francés de la Isla de Francia, como La Fontaine, co-

mo Racine. Podríamos creer que la más pura tradición del espíritu francés debería presidir en su arte: por el contrario, su poesía es algo universal, algo fuertemente humano que ahoga ese espíritu para acercarse a las grandes fuentes del lirismo que han inspirado las obras reveladoras de la presencia de Dios entre los hombres. Su caso es único en la literatura francesa y es precursor de un retorno a la simplicidad de una fuerza humana que fecunde, en las ansias y angustias de la vida moderna, el espíritu religioso contemporáneo: si otros pueblos europeos han creado vastos continentes en cuya actividad se forma el porvenir de los hombres, Claudel nos demuestra, con su poesía brutal, que los poetas son los formadores de una nueva raza o los rejuvenecedores de todo lo que constituye el prestigio de las civilizaciones fatigadas. La acción de la poesía es eterna y sólo se justifica como una aspiración constructiva en la encrucijada de todas las crisis que afligen a los períodos de la historia en que el hombre rompe sus cuadros para buscar otros puntos más nuevos y racionales...

Paul Claudel nació en agosto de 1868 en Villeneuve-sur-Fère, en Tournedois, pequeño poblado de 300 habitantes. Antes de ser poseído por la gracia de la razón recorre con su padre una serie de ciudades de la Isla de Francia bajo cuya alegría definirá más tarde la esencia de su arte, tan pleno de vida alegre, de entusiasmo, de sumisión al mundo. Después de los estudios académicos, en 1890, entra en la carrera diplomática y comienza a recorrer la tierra en todas direcciones, oponiendo a las ideas del "filisteo" de la época, a los egoísmos enfermizos del maestro de la hora, Barrés, el lema que será el fiel de su vida y de su obra: "El mar y los seres vivientes..." Es poeta a los 14 años, pero le faltan, para la madurez de su inteligencia y de su sensualidad instintiva, el contacto del mundo y de la sensibilidad que despierte la suya. (Más tarde el descubrimiento de Rimbaud y su conversión, lo conducirán al camino de un panteísmo casi angelical, germen de lo más duradero de su obra). Frecuenta en París los medios más opuestos a su naturaleza libre, a su sentido de la realidad: es amigo de Mallarmé y en su casa conoce a todos los simbolistas. Otro hombre de acción como él, el poeta del panfleto, León Daudet, trabaja en ese mismo ambiente: las líneas de la libertad claudeliana y el espíritu de desorden de Daudet, son un complemento indispensable en esta tragedia del desplazamiento que es una de las crisis del espíritu francés actual.

Escribe por entonces *La Partage de Midi*, pieza de teatro que algunos aficionados llevan a la escena. Parte luego para los Estados Unidos, comenzando su carrera de viajero, multiforme, incan-

sable, durante la cual descubre su propia alma a través de paisajes, de hombres, de libros, de civilizaciones en perfecto desacuerdo. Se dirige a China: Shangay y Futcheu donde arregla el contrato del Arsenal; Hank, donde negocia un ferrocarril. Regresa a Francia por Siberia y Palestina. Nuevos viajes a China y al Japón. Matrimonio, en un paréntesis de reposo, bajo el cielo de su Isla de Francia.

Viaje a China y regreso a Francia por el Transiberiano. Vida diplomática en la Europa Central hasta que los alemanes lo expulsan de Hamburgo en 1914. Regreso a Francia por los países y los mares del Norte. Viaje a Italia donde termina el negocio del ferrocarril del 45° paralelo. América del Sur: Ministro Plenipotenciario en Río de Janeiro. Tiene como secretario al músico Darius Milhaud. Allí firma el convenio para la compra de 30 barcos alemanes e importantes cantidades de café y otros productos del trópico. Regreso y viaje por las Antillas y Nueva York. Ministro en Copenhague; miembro de la comisión del Stesvig; embajador en el Japón a partir de 1921. Aquí lo sorprende el terremoto de 1924 y en él pierde gran parte de su obra inédita. Regreso a Europa. Nombramiento de embajador en Washington donde está actualmente. Cinco hijos... Edita libros en todas las ciudades donde vive, los ofrece a sus amigos de todo el mundo y luego parte, a buscar el mar, los seres vivientes, la poesía de la acción, el bullicio de las grandes ciudades, el silencio de la naturaleza. Su lirismo se confunde siempre con la acción: para él la vida y la poesía no son más que una aventura. Paul Claudel es un caso de fuerza de la naturaleza: ha cogido el mundo de las ideas, el mundo de los ojos, el mundo de todos los sentidos para elaborarse la plenitud vital de su espíritu lejos de los hombres y cerca de Dios. ¡Sin embargo, qué poeta más humano es Paul Claudel! Algún comentarista de su lirismo ha dicho que el autor de *L'Annonce Faite á Marie* ha creado en la poesía el "tono de la afección". Nada es más cierto que esta afirmación para exaltar la familiaridad, la belleza simple, el recurso de la expresión humana de este lirismo, fuerte y constructivo...

La poesía de Paul Claudel transpira la sumisión casi voluntariosa a Dios: su arte es una manifestación espiritual en función de Dios. Canta la beatitud del catolicismo porque la herencia de su cultura le infundió ese espíritu: lo importante en esta exaltación de todo su ser es la energía religiosa, la fe, la humildad, la creencia profunda en las fuerzas optimistas de la tierra. Devenir incesante que purifica las aspiraciones del hombre en sus deseos de perfeccionamiento, de alegría, de adoración cristiana. Nos recuerda el caso de Walt Whitman: si para el solitario de Manhattan la democracia fué un bien místico—en una época en que ella comenzaba a dar sus frutos en la perspectiva de los tiempos—para Claudel las construcciones del dogma católico son una arquitectura mis-

tica, fuerte, alucinante, de la cual saca la contextura de sus poemas fisiológicos, de su arte sensual y puro a un mismo tiempo. Whitman fué el cantor del **pioneer** porque ante sus ojos se extendía la inmensidad de un continente que pedía las fuerzas del hombre para entregar sus posibilidades: Whitman fué un americano con alma europea, pero con instintos abiertos a los vientos de una raza nueva y de una civilización del porvenir. Claudel es el poeta europeo, el poeta que vuelve sus ojos hacia la historia y que no halla en sus dominios sino la grandeza del cristianismo con todas sus irisaciones líricas y todos sus estremecimientos humanos: pero ambos se juntan en el espíritu religioso, en la esperanza del Porvenir...

Poeta de la alegría: de la alegría que sentimos en la vida cotidiana, de la alegría sensual, de la alegría de construir, de la alegría de agotar los recursos de nuestra naturaleza para descubrir nuevos rumbos a la inteligencia y al cuerpo. Su goce vital es semejante al que hallamos en los versículos de la Biblia, en las alucinaciones de Pascal, en las fuerzas que nos trabajan diariamente sin que lo sospechemos. Su verso tiene la forma salvaje y ruda de la alegría vital: por eso desconcierta y fastidia. Pero cuando se siente el soplo de poesía, de lirismo que lo anima, las funciones de todo nuestro ser ritman el compás de sus estrofas con una cadencia inevitable. Oíd el aliento subterráneo de **Las Odas** al buscar lo esencial de nuestro corazón, de nuestros pulmones, de nuestros miembros. Pasa como un soplo de tempestad con sus iniciaciones misteriosas, con sus robustas protestas de la voluntad, con sus intimidades dulces, muy dulces...

Mais qu'importe toute chose vue au regard
de l'oeil
qui me la fait visible,

Et la vie que je recois, si je ne la donne, et
tout cela á
quoi je suis étranger,
Et toute chose qui est autre chose que vous-
même,
Et cette mort auprès de votre Vie, que nous
appelons
ma vie!
Je suis la vanité! Vous voyez que je suis
soumis á
la vanité, ne le voulant pas!

Este tumulto de ritmos y de discordias líricas, que extiende sus influencias a todos los rumbos en que la sensibilidad vibra con una emoción humana le han valido a Claudel los ataques de los que creen que las lenguas son organismos muertos que no evolucionan lo mismo que los seres. Pero en los ataques que se le hacen al criticar su lengua tan rica y tan actual, de bárbara, no existe un fundamento que condene las leyes del genio de un idioma, porque aquél no lo destruye sino que más bien lo enriquece: Claudel no desconoce la gramática, al contrario la crea, le da vida, la hace devenir... Por otra parte ya en la literatura francesa ha existido el caso de Rimbaud, que creó el romanticismo interior con sus exigencias y sus reglas de expresión, de Mallarmé que dejó de lado el valor representativo de los objetos para ver en ellos su valor de sugerecia, su verdadero valor lírico, el caso de los poetas modernos que han purificado una lengua demasiado herrumbrosa para no aceptar de ella sino su expresión directa. Y es que la poesía de Claudel es una poesía sensual, de un sensualismo ingenuo y purísimo como el que descubrimos en los bajos relieves de las catedrales góticas, es decir, un sensualismo húmedo, penetrado del perfume de la tierra, bello como el desorden de todo acto de creación, en el cual crujen todas las leyes de la naturaleza... No es otro el sentimiento de sus

piezas de teatro más famosas, en las que su ansia de aprisionar todos los secretos del mundo encuentra el recurso del movimiento dramático y de las ideas en acción. En sus dramas—**La ville, Tete d'Or, L'Arbre, La Jeune Fille Violaine, Le Pain Dur**, etc.—, concuerdan todas las fuerzas de la creación unificadas por su espíritu católico. La visión de sus personajes, tratando de santificar todo cuanto hallan a su paso, a pesar de las leyes de la naturaleza y muchas con la complicidad de ellas, es un espectáculo que nos recuerda la magnificencia de los grandes trágicos clásicos.

En la obra de Paul Claudel no existe ningún artificialismo: convive en ella la fuerza de los colores, la anarquía de las leyes, la monotonía de la creación y todo el desorden fecundante en su dinamismo: pasa como raudales fugaces, en panoramas infinitos donde la imaginación no tiene tiempo de medir sus energías, todo lo que enriquece a la tierra, desde la primavera y el estío y el otoño y el invierno que repiten en el eco de los años, en cada criatura, el perenne trabajo de una función monótona y santa con una imperturbable inflexibilidad natural. Pero una vez nacidas las formas pareciera que ellas mismas buscaran los planos estéticos gratos al poeta: sus versos, sus imágenes, sus movimientos libres tratan siempre de acomodarse en un plano horizontal como en un impulso de dispersión creadora. Sus poemas nos dan la sensación de que las imágenes son aplastadas y que se levantan muy lentamente para dejar el horizonte de sus posibilidades vitales a la fecundación de todos los vientos. Oído repetir a su propio arte, a su propia vida, el acento de sus inquietudes:

Derrière moi la plaine, comme jadis en Chine
quand
je montais vers Kouliang,
Le pays aplati par la distance et cette carte
où l'on
ne voit rien tant que l'on marche dedans.
.....
Il faut beaucoup d'espace pour que la vie
commence,
Pour que le souffle du large soit arrêté et
que les
eaux en ce cirque déchiré soient recueillies!
J'écoute le bruit qu'elles font et le soupire
de tous ces
Villages sous moi dans le sucre et dans le riz.
Ma maison que j'ai abandonné pour tou-
jours, je
n'a qu'à me retourner pour savoir qu'est
la-bas.

En todos sus poemas se siente el mismo impulso hacia los movimientos laterales, la misma ansia de aprisionar los horizontes, de detener el espacio con esa monotonía que sentimos, desesperada y tierna, en los Salmos o en el Apocalipsis. Aun en su devoción por los clásicos del Mediterráneo busca la misma línea de acción, en una mezcla de motivos recios y simples. De los griegos ha traducido, o más bien, adaptado a su forma arquitectónica los que definen mejor el espíritu de la naturaleza religiosa de los pueblos antiguos: en Homero

JOHN M. KEITH & Co., Inc.

SAN JOSE, COSTA RICA

Agentes y Representantes de Casas Extranjeras

Cajas Registradoras "NATIONAL"

The National Cash Register Co.

Máquinas de Contabilidad "BURROUGHS"

Burroughs Adding Machine Co.

Máquinas de Escribir "ROYAL"

Royal Typewriter Co., Inc.

Muebles de Acero y Equipo para Oficinas

Globe Wernicke Co.

Implementos de Goma

United States Rubber Co.

Maquinaria en General

James M. Montley, New York

JOHN M. KEITH,
Socio Gerente.

RAMON RAMIREZ A.,
Socio Gerente.

se deleita en las escenas en que los hombres se confunden con los dioses, las escenas en que la simplicidad de los sentimientos realiza las más bajas tareas con una humildad conmovedora. Por eso su musa, cualquiera que sean los motivos que ataque, es una musa cristiana, en el sentido de la humildad, del renunciamiento, de la interpretación caritativa de los misterios de la vida: Paul Claudel es el único poeta cristiano de la tierra. Su mismo sensualismo, muy distante por cierto del de d'Annunzio, tiene un sabor místico, un sabor de confusión de bellezas más allá de la vida...

Con tales principios estéticos era natural que Claudel prefiriera, entre las formas de expresión, la del teatro. Con un sentido de construcción espiritual ha dado al teatro francés las más significativas piezas de los últimos tiempos: pueden ellas tener o no tener un valor escénico, pero su significación lírica es incontestable. ¡La acción, el movimiento, las ideas que luchan entre sí en un esfuerzo fecundante! ¡Perspectiva de ensueños y de mundos que salen de la imaginación del poeta cantando todos los dolores y todas las alegrías universales! Ah!, sí, para Claudel el arte es una realización de la vida en lo que ella tiene de noble y de contradictorio, de constructivo y de sagrado: por eso el teatro, en la forma en que lo concibe, es más viable que el arte puro: éste es siempre una negación de la vida.

El mismo ha definido en el prefacio de *Le Soulier de Satin*, pieza en que ensaya ponerse a tono con la tradición del teatro español, su concepto del teatro. Es la misma teoría de la vitalidad, del movimiento creador que encontramos en sus obras de contextura especialmente lírica, la que rige este concepto de su arte teatral. Nos encontramos ante una operación dinámica, en medio de un drama que el hombre, con sus propias fuerzas, resuelve mediante la ayuda de Dios y de su imaginación. El mismo hecho de **conocer**, en la filosofía optimista de este mundo de la representación, es un hecho de **nacer**: lo véis, todo es para Claudel acción y en esa acción no hay más que un afán por acercarse a Dios con un deseo de alegría y de humildad religiosa. En su *Arte Poética* nos expone su teoría del mundo, que en el fondo es una síntesis de lo que la suma del conocimiento católico nos ha expuesto a través de la teología. Lo que él hace es darle vida, en sus dramas, demostrándonos el poder vivificador del dinamismo puesto al servicio de las ideas y de los sentimientos humanos. En la cumbre de todo este monumento, como una coronación del movimiento incesante de todo lo que constituye la naturaleza, está Dios. Si el movimiento perece en sí mismo, creando formas fugaces, la confusión en Dios, en un esfuerzo de voluntad y no de sustitución, es el fin de todo drama terrestre... Lo demás es el elogio del espíritu y de las fuerzas desordenadas del mundo que buscan realizarse en la línea de sus mandatos y de sus necesidades vitales. Sí, en el vitalismo



limitado de Claudel, a pesar de su empeño por parecer tumultuoso como una fuerza, hay un orden y una filiación estética que todo lo comprende y que todo lo resuelve en un problema de conocimiento: siempre nos queda, fuera de la doctrina, el don de la poesía, el lirismo fuerte y esa "afección" consciente de la vida que salta y corre y crea con alegría y entusiasmo.

Oíd lo que nos dice de su técnica teatral, de cómo aspira a ver realizada su última obra, *Le Soulier de Satin*, que es una de las piezas de mayor aliento que ha escrito:

"Es preciso que todo tenga el aire provisorio, en marcha, incoherente, improvisado en el entusiasmo. Con aciertos, si es posible, de tiempo en tiempo, pues también en el desorden hay que evitar la monotonía. Supongo que la pieza se representa, por ejemplo, un martes de Car-

naval a las cuatro de la tarde. Sueño con una sala enorme, calentada por un espectáculo anterior y que el público llena con sus conversaciones. Por las puertas abiertas se oye el ruido de una orquesta que se encuentra en el hall. Aparece sobre el escenario, delante de la cortina bajada, el anunciador.

"El anunciador habla lentamente, introduciendo en el bullicio de la multitud reunida, en el desorden de la sala, en las notas de un saxófono, de un violín, de un piano, en la risa de una mujer, en el llanto de un niño, el motivo de la pieza. De rato en rato se oye el cuero de un tambor, pero ya el público comienza a hacer silencio y la pieza va a vivir pronto sobre la escena..."

León Pacheco

(Del libro, pronto a editarse en España, *Estudios Literarios. Del Simbolismo al Cubismo francés.*)

La glosa de los animales feroces

= Envío del autor.—León de Nicaragua =

Los hombres malos son llamados perros, tigres, jabalíes, víboras, fieras.

¿Y quién así te llama, querido hermano mío, hombre malo?

—Por mi maldad oficial y clasificada, así me llaman los llamados hombres buenos.

—Pues si así te llaman los llamados hombres buenos, no son buenos. Su bondad como tu maldad son cosas neutras, juegos de palabras dobles y máscaras fingidas de una mentira que se ve, para que no se vea la verdad que está por detrás. ¿Y qué diría de la verdad que está por detrás el Señor de la Verdad Desnuda, Aquél a Quien los hombres mentirosos clavaron en una cruz? No sé, pero los hombres buenos castigan la maldad de los hombres malos con maldades peores y pésimas: los hombres buenos para castigar a los hombres malos inventaron las cárceles.

Ayer ví, qué buenos que son los hombres buenos iba en media calle, con los pies desnudos, pálido, sí, muy pálido, flaco, doloroso, arrastrando una cadena, el representante de los hombres malos; el guardián de la justicia de los hombres buenos iba en el andén orgulloso como un Presidente democrático, arrogante, robusto, como un hombre; el hombre malo sin armas; y el hombre bueno muy bien armado y con el privilegio magnífico de poder matar.

Civilización de cosas neutras y juegos de palabras dobles y máscaras fingidas de una mentira que se ve para que no se vea la verdad que está por detrás...

¿Y qué diría de las verdades que están por detrás, el Señor de la Verdad Desnuda?

Corolario:—No sería mejor llamar a los hombres malos, no perros, tigres, jabalíes, víboras y fieras, sino, hombres; no decir, qué hombre tan perro, qué hombre tan víbora, sino qué hombre tan hombre.

A. H. Pallais,
Pbo.

En Brujas de Flandes, a los 10 días del mes de julio... etc.

Lic. MANUEL J. GRILLO hijo
(De la Universidad de Loyola, N. O., La., EE. UU.)
Atiende toda clase de análisis médicos:
ORINA, SANGRE, HECES, ESPUTOS,
PUS, JUGO GÁSTRICO, etc.
en su LABORATORIO CLINICO,
de 8 a 11 a. m. y de 1 a 5 p. m.

La crueldad iberoamericana

= Envío del autor. — Santiago de Chile =

Constantemente me he ocupado de nuestra agresividad que hace la vida desagradable y difícil. En *El Chileno en Madrid* puse: "Cuando un extranjero célebre quiera darse la sensación rara de sentirse deprimido e insignificante, que vaya a América: el roce del quisco y el cardo le llevará violentamente y de las mechas al más primitivo sentido vital, al más soez sentimiento de la lucha a mordiscos y codazos. En Santiago de Chile fracasaron Mascagni, Dorner, Pershing, Georges Dumas, para no seguir enumerando. El general norteamericano, vencedor de Chateau Thierry, ídolo de su patria, descendió en Arica a las proporciones modestas de comandante de policía rural".

Así es: no solamente somos agresivos entre nosotros, sino también con los ilustres extranjeros que nos visitan. Existe una costumbre mortífera de deprimir. Se diría que la gente pretende agrandarse por el hecho de empequeñecer a los vecinos, cuando ya hemos probado que vivimos del ambiente colectivo y que al fin y a la postre los triunfos personales son símbolos de la clase, de la raza y de la tierra donde se producen. En esta costumbre hay un cincuenta por ciento de envidia y de pobreza. Un viejo aforismo dice que solamente los ricos pueden ser generosos. En estas ciudades pequeñas y empobrecidas no caben los caracteres generosos en el espíritu. El triunfo de alguien quita un lugar a otro. La gente se arrebató las ideas, las situaciones, los negocios. En literatura, lo he advertido algunas veces, no respetan la precedencia o prioridad de la idea que es la base del éxito de un autor. Piratas hay que se apropian las iniciativas sin darse el trabajo de citar a los vanguardistas. Nadie reconoce el mérito de los que se especializan o trabajan diariamente en un oficio: todo chileno cree que puede hacer mejor lo que hace otro.

Lo grande, lo noble, lo superior, atrae la furia del público, la furia destructora. Pongamos en el punto de una charla cualquiera cosa respetable o grande de nuestro país y notaremos cómo, con placer satánico, el público pugna por destruirla con la maledicencia. Hablemos del acorazado "Almirante Latorre" y en el acto saltará alguno exclamando que sería mejor hundirlo, echarlo a pique; hablemos de cualquier persona de alto rango en el Gobierno, en las universidades, escuelas, industrias o en el arte, y notaremos las miradas sanguinarias y las palabras envenenadas. Se diría que nos agrada sentirnos en medio de ruinas, entre escombros y cadáveres. Dicen que los indios de México bebían sangre humana y se complacían edificando montañas de cadáveres para sus dioses. Algo de esto queda en nuestra América, algo que está en el aire y que se trasmite imperceptiblemente a las nuevas razas que poblaron y siguen llegando de fuera a poblar el continente. Con razón aseguran que no hay razas, sino climas.

Hace pocos días, un caballero extranjero que está de paso en Santiago asistió a una conferencia entre gente distinguida y quedó asombrado cuando oyó decir al orador que el noventa por ciento de los chilenos nacen ladrones. Después de escuchar tamaña afirmación, esperó un movimiento de protesta, una rechifla del auditorio. Su admiración subió de punto al escuchar la más nutrida y general salva de aplausos. En Francia hubieran linchado al orador: en Chile es un héroe.

¡Cuántas veces, en docenas de artículos de prensa, escribí que en nuestra tierra empiezan a apoyar a los valores después de muertos! Pues bien: ahora llega a mis manos la revista *Repertorio Americano*, que con tanto acierto dirige el talentoso compañero Joaquín García Monge en Costa Rica. En el número 9 del tomo 24 aparece un artículo del reciente candidato a la Presidencia de la República peruana, señor Haya de la Torre, en que comenta las apreciaciones que nuestras repúblicas merecieron a eminentes pensadores extranjeros. Todos ellos concuerdan, dándonos una calidad de crueles o agresivos. Dice que visitó en Berlín a un profesor de universidad y bibliotecario, que le dijo: "No conozco pueblos más inclinados a la crueldad que los latinoamericanos". "Las diferencias nacionales, la incompreensión entre ustedes en nombre de su separación de fronteras, es una invención infantil, resultado en gran parte de su crueldad". Más adelante agregaba: "Cuando vi despedazar a un Presidente en Haití, pensé que esa crueldad era típicamente negra, pero más tarde aprendí que los latinoamericanos se despedazan cuando pueden con las manos y siempre con la lengua".

Según ese profesor alemán, no han faltado en nuestra América grandes hombres, "que en Europa habrían alcanzado posición importante, pero a los que

hemos debilitado por envidia, por incompreensión, por crueldad".

Hace apenas doce días escribíamos en estas columnas: "Cansa repetir que el chileno se ha transformado en el Yago de Shakespeare. No admite un solo síntoma de prosperidad en el vecino"... ¿De qué depende este fenómeno? ¿Qué base científica tiene esta crueldad, esta agresividad o guerrilla constante? Yo no encuentro otra respuesta que ésta: el **mestizaje**. Nuestra América está formada por sucesivas capas superpuestas de indios y europeos, y luego, por cruzamiento de mestizos y europeos, o sea, de gente de color y de gente blanca. La inferioridad manifiesta del mestizo o del indio para competir con el europeo hace que se vea obligado a recurrir a las malas artes, a la delación, al vacío, a la calumnia, a la incompreensión simulada, a la negación de la verdad respecto al éxito ajeno. El mestizo en mayoría se une tácitamente contra el que tiene mayor cantidad de sangre europea, y le hace lo que en Chile se llama popularmente: "la neumática". O sea: el vacío mañoso, la negación porfiada. Para destruir a un individuo de mérito en estas sociedades iberoamericanas, en estas ciudades pequeñas, basta un apodo, una frase despectiva que, por falta de imaginación en el público, circula de un extremo a otro, lo mismo que un microbio dañino en la sangre. El mestizo conoce esta clase de bajas tretas mejor que el neoeuropeo, y las usa maravillosamente. Es su fuerza y suple a la inteligencia.

El fondo de todo es la pasión amorosa, la lucha de clases y el deseo del mestizo de surgir "adelantando". Entre las negras de Cuba, la palabra "adelantar" es sinónima de "blanquear". Una casta inferior, de pigmento oscuro, frente a una superior, más blanca, se irrita. El gran Francisco García Calderón escribió hace algunos años: "El iberoamericano es un español del siglo heroico irritado por el mestizaje y el clima". Esta irritación proviene, en su mayor parte, de envidia, del sentimiento de inferioridad que se exhala en forma patética en los torneos amorosos. La mujer iberoamericana prefiere siempre, hasta en nuestros días, al extranjero. Los malones y saqueos de la colonia tuvieron un fondo pasional. Terminaban invariablemente con el rapto de las mujeres blancas. La magia negra, que en algunos países como Cuba y Brasil alcanzó tanto auge, está basada en los filtros amorosos para "amarrar" a los blancos, o cuando menos, ablandarles el corazón. De Perú han pasado a las bajas capas de la sociedad chilena algunas supersticiones populares, como ser la de "fumar" al ser amado, o la de "amarrar el mono". Ambas costumbres son africanas. La zamacueca, que en nuestra tierra se modificó y es la cueca chilena, tiene todo de una parodia sexual y sanguinaria, donde el amor se confunde con la violencia y la crueldad. Los gritos y el tamboreo suelen degenerar hasta la ferocidad.

Creer que las naciones ibero-americanas se han diferenciado mucho unas de otras, es un error. Para un europeo,

Tiene Ud. Dispepsia?

Se cura fácilmente usando

SAL UVINA

en su dieta.

AGRURAS - FLATULENCIA - MAL
ALIENTO - DOLORES DE CABEZA

Síntomas todos de que
su digestión anda mal.

Desaparecen **RAPIDAMENTE** con
el uso de la

SAL UVINA

HERMANN & ZELEDON
BOTICA FRANCESA

como el profesor de que escribe Haya de la Torre, son muy parecidas. Tomando como base la cueca, diremos que el mismo baile, con ligerísimas variantes, es popular en Venezuela, donde se llama "tambor", en Panamá, en Colombia, en Perú, Bolivia y las regiones andinas de la República Argentina.

La crueldad es un distintivo general en sus diversas manifestaciones. Keyserling lo notó en seguida. Le Bon aseguró que los países de mestizos son ingobernables. Bolívar dijo poco más o menos lo mismo, al visionar la inutilidad de su esfuerzo. Pio Baroja asegura que "el criollo pudre rápidamente el medio que crea". Ortega y Gasset escribió: "Esas mentes tan imprecisas y tan poco generosas". Se entiende la generosidad del espíritu. El sabio Darwin anotó de manera humorística nuestra tendencia a la igualdad, se entiende que a la igualdad estéril, viendo cómo la manta escocesa que regaló a un fueguino era dividida en pedacitos para que cada cual tuviera su parte. Esta es la "igualdad de los cementerios". Igualdad negativa, de muerte.

A mí me pasa algo muy curioso: cuando leo en un diario la palabra "homenaje", pienso: ¿En qué cementerio será? Y, generalmente, no me equivoco. El profesor alemán de Haya de la Torre dijo: "Mientras viven, la crueldad los destroza, y cuando mueren, la superstición los respeta". Si ese profesor nos conociera más a fondo, hubiera escrito que hasta los banquetes son **contra alguien** que no asiste. Se festeja generalmente a seres inofensivos, para molestar a los rivales de mérito.

Por cierto que de esta manera las fuerzas físicas se malgastan. Un iberoamericano emplea el ochenta por ciento de sus energías en defenderse y contraatacar; de ahí la cantidad enorme de enfermos del hígado, de enclenques, cardíacos y averiados de toda índole. Recuerdo que cuando vivía en París me llamaba la atención la cantidad de enfermos que llegaban de Sud América. Casi todo chileno, al desembarcar, preguntaba por los médicos y sanatorios. Unos padecían tics nerviosos; otros lloraban solos. A veces el Consulado de Chile hacía el efecto de un manicomio. La neurastenia sudamericana es superior al spleen inglés y al *cafard* de las trincheras.

¿Y qué decir de nuestras bromas y sobrenombres? Son incisivos. Asegura Haya de la Torre que su amigo alemán calificaba nuestro chiste de "crueldad cínica y cobarde". A los extranjeros que visitan estas repúblicas, les llama la atención la ligereza con que la gente se expresa de las personas en boga. Ningún valor resiste. Después de hablar un momento de la patria, del Gobierno, del arte, se experimenta una sensación de angustia y miedo. Sigue el doctor alemán diciendo que los intelectuales hasta ahora no podrán cumplir labor seria alguna, por cuanto "están envenenados de crueldad". El artista despierta tal cúmulo de resistencias, que enferma, muere o se mata. José Asunción Silva, era el hazme reír de Bo-

RECOMENDADAS
por la ciencia
médica para:



Dispepsias,
Hígado,
Mal Aliento,
Indigestión,
Estreñimiento.

gotá: le llamaban "la casta Susana". Güiraldes terminó su obra maestra y murió; José Eustasio Rivera, lo mismo; el patriarca Rodó murió casi olvidado en tierra extraña. Por muy digno y fuerte que sea un hombre superior, refleja la crueldad que usan con él y se transforma en cruel o amargado.

Las tierras que matan a sus profetas o poetas son tierras suicidas. Si nuestra América, en un esfuerzo colectivo, no consigue refrenar sus pasiones y reconocer jerarquías con nobleza y disciplina, se sumirá en la barbarie. El panorama actual es desastroso. Leyendo la historia y algunas piezas de arte iberoamericano, tales como el **Martín Fierro**, un chileno llegará a la conclusión de que hace cien años nuestra América valía más que ahora, en el concierto universal. Era más compacta y fuerte en relación con el mundo. Ahora el caso de Chile, solo, como una isla, cerrado el ferrocarril trasandino, se ofrece como ejemplo de la crueldad social, transformada en norma política. Nuestros héroes

INDICE



12 NOVELAS FAMOSAS:

De Sevacour: <i>Oberman</i> . 3 vols.	2.00
Stendhal: <i>Rojo y Negro</i> . 2 vols.	2.50
Stevenson: <i>El extraño caso del Dr. Jekyll</i>	0.50
Claude Tillier: <i>Mi tío Benjamín</i>	0.75
Sainte Beuve: <i>Voluptuosidad</i> . 2 vols.	1.50
W. Scott: <i>Rob Roy</i> . 2 vols.	2.00
Prevost: <i>Manon Lescaut</i>	0.75
Gaskell: <i>Norte y Sur</i> . 4 vols.	2.50
Dickens: <i>Papeles póstumos del Club</i>	
<i>Pickwick</i> . 4 vols.	4.00
Dickens: <i>David Copperfield</i> . 4 vols., pasta.	10.00
Goethe: <i>Los años de aprendizaje de Guillermo Meister</i> . 3 vols.	3.00
Héctor Malot: <i>Sin familia</i> . 2 vols.	2.00

Solicítelos al Admor. del Rep. Am.

fueron sacrificados: Rodríguez, los Carreras, Rozas, O'Higgins, Portales, Balmaceda. Es bueno repetirlo hasta el cansancio. No somos buenos sino para los extranjeros que recién ingresan en nuestra vida social, y cuyo auge no despierta tanta envidia ni odio. Somos buenos con los extranjeros anónimos, antes que prosperen, y esta bondad en medio de la guerrilla mortífera que nos anula, les ayuda a devenir ricos y fuertes.

Los chilenos, residentes en París saben que en ciertos períodos la numerosa colonia de esa capital se transforma en un nido de intrigas y odios entrecruzados. Cuando estalló la guerra europea, el Prefecto de Policía de París manifestó a Enrique Gómez Carrillo, el asombro que le produjo el montón de anónimos denunciando por espías a miembros de las colonias sudamericanas.

Entre otros detalles de nuestra agresividad, decía Keyserling: "Los chilenos se comparan, y por eso no pueden ser felices". Es muy cierto: basta ver los letreros de ciertas tiendas populares y la manera de anunciar los negocios, para comprobar esta observación. ¿Quién no conoce esos establecimientos llamados "El saca pica", "El sin envidia", "Para todos sale el sol"? No cabe duda que contienen un fondo agresivo.

Hasta ahora la vida iberoamericana es triste, violenta y desapacible. Acaso la naturaleza misma tenga la culpa: los Andes no son amables. Un europeo sincero confesará la impresión de espanto espiritual que produce nuestra cordillera. Una noche de éstas las ventanas del cuarto donde escribo temblaron, el cielo era rojo y al día siguiente los crisantemos del jardín aparecieron empalidecidos y mustios por la ceniza volcánica. Esto me hizo pensar que no habitamos en el centro de la paz, ni terrestre ni espiritual. Si un Fradique Méndez, en la quinta esencia de la cultura ciudadana —en París— podía fechar sus cartas a madame Jouarre, diciendo: "primeras violetas" o "mes de las rosas", nosotros, los chilenos, podríamos encabezar una epístola poniendo brutalmente: "mes de los volcanes".

Joaquín Edwards Bello

BANCO NACIONAL DE SEGUROS

DEPARTAMENTO DE VIDA

Tenemos el gusto de anunciar un nuevo beneficio con nuestras pólizas de seguro de vida

INDEMNIZACION DOBLE en caso de la muerte accidental del asegurado.

Es decir, EL BANCO PAGARA EL DOBLE DE LA SUMA ASEGURADA, si la muerte sobreviene a causa de un accidente. Este beneficio se concede mediante el pago, por año, de una extra prima de uno o dos colones por cada mil de seguro.

En estos días, 19 de mayo, se conmemorará el vigésimo aniversario de la muerte de Menéndez Pelayo. Fué el hombre que devolvió a los españoles intelectuales el respeto de España. Ello se aprecia ahora de nuevo, como en los años de su mayor influencia, pero como no había podido apreciarse en estas décadas. La razón de ello es que Menéndez Pelayo fué injusta víctima de las ideas del 98, año fatídico que divide la vida del maestro en dos períodos: los de su polémica gloriosa en favor de los prestigios espirituales de España, que comprende los veintidós años de la Restauración y de la Regencia, hasta el de la pérdida de las colonias; y los catorce que aun le quedan de vida, años de trabajo y de retiro, en que de cuando en cuando sale el maestro a la defensa de sus ideas, pero en que el centro de la pública atención se ha desplazado hacia temas distintos de los que al maestro interesaban.

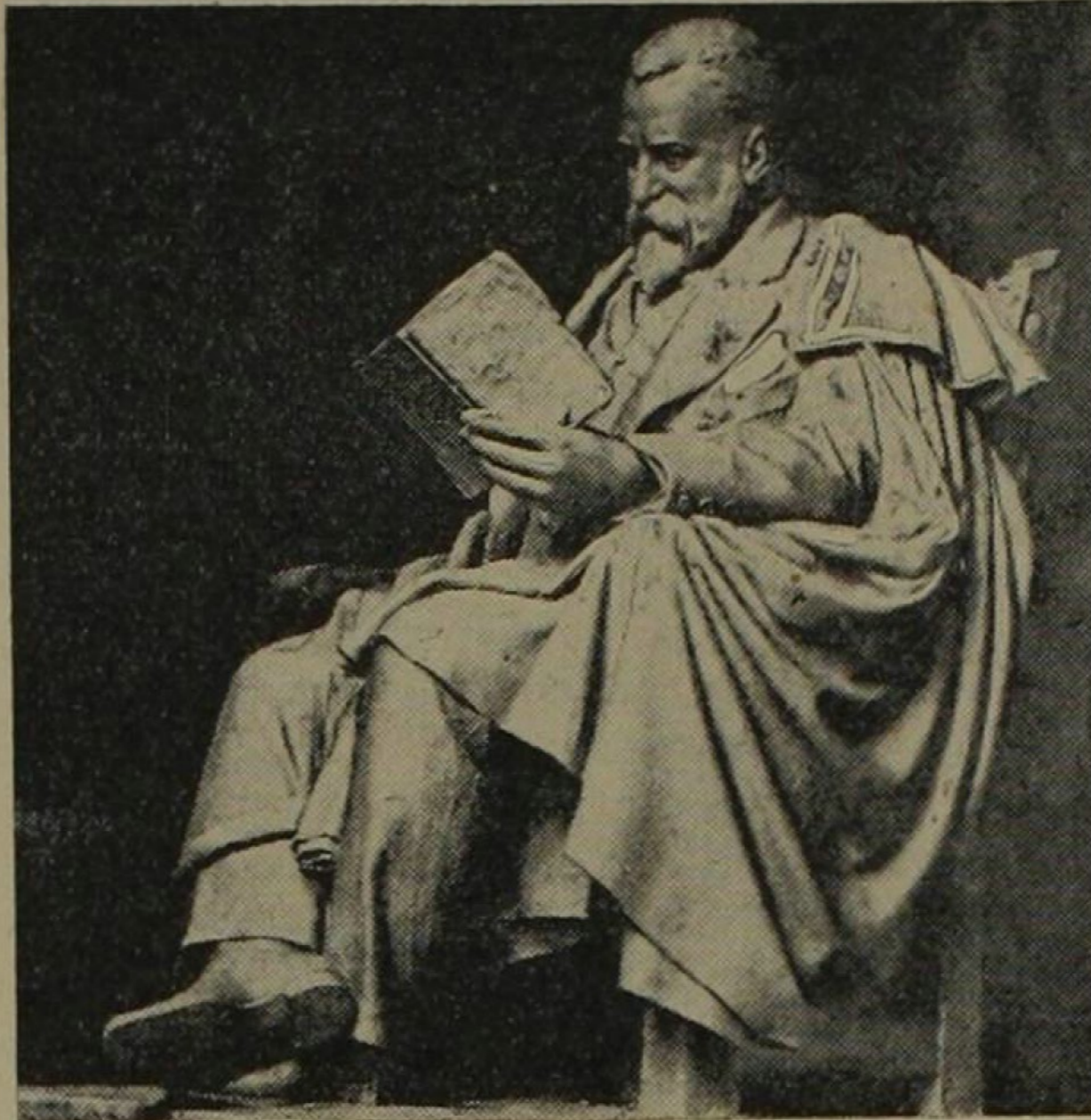
Hasta el 98, Menéndez Pelayo había persuadido fácilmente a la mayoría de los españoles educados de que España había desempeñado las funciones más elevadas en la vida de la ciencia y del espíritu. Los españoles le creyeron, pero sin imitarle en su heroica laboriosidad. Cada vez que los Revilla o los Perojo se lo discutían, Menéndez Pelayo, con su mayor saber, les daba un revolcón. Y los adversarios de las tradiciones españolas acababan generalmente por callarse.

Pero llegó el 98, y la amargura de la derrota recibida de manos de un pueblo que no tenía tradiciones (o que suponíamos sin tradiciones, porque, en realidad, además de las suyas, tenía las inglesas), hizo que muchos españoles desdeñáramos el valor de los estudios de Menéndez Pelayo. ¿De qué nos sirven nuestros blasones? ¿De qué el saber desempolvado, si un pueblo sin tradición puede jugar al blanco, el día del combate, con nuestros pobres barcos de madera? ¿Qué tienen los Estados Unidos? Acorazados, máquinas, dinero. Pues lo que España necesita es también máquinas, dinero y acorazados. La primera reacción ante la derrota fué la reunión de las Cámaras de Comercio, en Zaragoza. El periódico expresivo de las ideas del 98 se llamó "Vida Nueva". Los libros surgidos de aquella hora se conocen por el nombre genérico de "Literatura de la regeneración". Los temas del año fueron: "Robinson ha vencido a Don Quijote" (Unamuno); "Doble llave al sepulcro del Cid, para que no vuelva a cabalgar" (Costa). Y a Menéndez Pelayo le llamé yo entonces, sin haberle leído, pero con la fidelidad del periodista, que debe ser cuerda tendida en la ventana, para que en ella vibre el viento de la calle: "Triste coleccionador de naderías muertas".

Y es que el sentido del 98 no fué sino éste: "Pues que nos ha derrotado un pueblo que es tan sólo más rico que nosotros, vamos a cuidarnos de la economía y no de las tradiciones". Y esto es lo que hicimos principalmente a partir del 98. Las palabras con que yo terminaba mi opúsculo de entonces, "Hacia

Menéndez Pelayo

= De La Prensa. Buenos Aires =



Menéndez Pelayo
Estátua de Lorenzo Col'aut Valera

otra España", decían textualmente (¡Dios me las perdone!): "Puesto que sobre la espada del militar, sobre la cruz del religioso y sobre la balanza del juez ha vencido el dinero, es porque entraña una grandeza superior, una fuerza más intensa que ninguno de esos otros artefactos". En lo que va de siglo, España se ha cuidado principalmente, con mayores o menos aptitudes, de su economía, de sus ferrocarriles, bancos, canales, regadíos, olivares, bodegas, etcétera. Y como Menéndez Pelayo no tenía nada que hacer en estas actividades, su posición pasó del centro de la escena a lugar secundario.

Pero la revolución de 1931 ha nacido precisamente de ese sobreexceso de actividades económicas. Nuestras clases directivas han desdeñado las actividades espirituales. Han creído preferibles los consejos de administración a las modestas cátedras de historia de España. Han abandonado a quien quisiera desempeñarlas las funciones de la enseñanza, de la vida literaria, de la política y del periodismo. El abandono ha sido funesto. Las posiciones que ellas abandonaban eran ocupadas por gentes ambiciosas y resentidas de su pobreza. Y como ocurre que las cátedras de historia de España, aunque menos productivas que los consejos de administración de las grandes empresas, eran más influyentes, el resultado ha sido que el Estado español ha caído en poder de los revolucionarios.

El espíritu de 1931 es idéntico al del 98. El 2 de mayo decía su más alto representante, don Manuel Azaña, presidente del consejo de ministros, a los miembros de la Asociación de la Prensa Extranjera: "Nosotros no tenemos nada que ver con la leyenda, ni con la historia, puesto que tenemos nada menos que la pretensión de crear un pueblo nuevo, tan nuevo como es nuevo lo que se hace desde la base hasta la cima". Esa era la idea central de mi "Hacia otra España". Presuponía la posibilidad de hacer de nuevo un pueblo viejo. Era tan absurdo como querer borrar de mi existencia

los 58 años que llevo encima. Esos 58 años son de mi ser; suprimirlos es suprimirme. Así en los pueblos, su ser moral se identifica con su historia. Digo su ser moral porque la historia es al mismo tiempo la génesis y depósito de todos sus valores, ya que no tienen propiamente historia sino los valores de los pueblos. Suprimidos esos valores, quedan los hombres reducidos a la animalidad.

Menéndez Pelayo es todo lo más opuesto a esta supresión. Es un maestro de espíritu, en la acepción más rigurosa de las palabras. El espíritu puede dedicarse a la defensa militar de un pueblo. No cabe duda de que a la guerra se han dedicado muchos de los talentos más altos de la humanidad. Otros se han consagrado a la satisfacción de las necesidades materiales del género humano. Otros, a la medicina o a las ciencias naturales. Nada de esto le ha interesado a Menéndez Pelayo, sino secundariamente, y para demostrar que también España ha producido talentos militares, económicos o científicos. Pero lo que le interesaba totalmente era la teología, la filosofía, el arte y la historia, es decir, el espíritu que tiende a hacer espíritu, a suscitarlo, a conservarlo, a despertarlo; el espíritu creador de más espíritu.

Dentro de esta vocación fundamental, Menéndez Pelayo se especializaba en la función de mostrar que España había producido grandes maestros de espíritu. Su vida se consagró a encender entre los españoles la curiosidad por conocerlos y admirarlos. Católico ardoroso como era, no vaciló en dedicar una de sus obras fundamentales a dar a conocer el pensamiento de los heterodoxos. Y es que creía que cada pueblo tiene que formar su espíritu en el conocimiento de sus grandes maestros. El pensamiento extranjero no es igualmente provechoso, sino cuando deja de ser extranjero para trocarse en clásico del género humano.

Menéndez Pelayo decía que una idea original y dominadora sólo puede producirse en relación con el ambiente espiritual histórico de donde surge. En este concepto es decisiva la asociación de las palabras "original" y "dominadora". Una idea original se puede producir de cualquier modo, pero si no guarda relación con el pensamiento nacional no podrá ser dominadora, porque no ejercerá influencia sobre el pueblo. El lector argentino podrá darse cuenta de la exactitud del pensamiento de Menéndez Pelayo al comparar el poder fascinador de tipos literarios como Martín Fierro o Don Segundo Sombra, que no sólo nacen del ambiente popular, sino que tienen larguísima genealogía, que al través de "Don Quijote", de "Don Juan" y de los héroes de la literatura picaresca vienen a hallar su gran originador en el héroe del "Cantar de Mio Cid", con la palidez y falta de carácter de la literatura imitada del francés.

Parece, en suma, que el espíritu de un pueblo no va por buen camino sino cuando sigue las huellas de sus antecesores.

Ramiro de Maeztu

Madrid. 1932.

Recuerdo de Montalvo

= De Atenea. Concepción, Chile.—Discurso pronunciado en el homenaje a don Juan Montalvo en el centenario de su nacimiento, en el Internado Nacional Barros Arana, Santiago de Chile =

Sólo penetrado de respetuosa emoción puede un americano de hoy considerar la personalidad de un hombre como Juan Montalvo, en quien se dieron, con tal cabal plenitud, las más firmes excelencias del espíritu y del carácter, y en quien asumió relieves representativos, a veces heroicos, el drama de la inteligencia en conflicto con los hechos. Porque Montalvo es, entre nosotros, como lo dijera Rodó, el que mejor puede encarnar en una galería emersoniana el tipo del Intelectual, la calidad del Escritor. Como tal, encierra en la trayectoria de su vida la oposición, frecuente en América, entre las aspiraciones de una conciencia superiormente depurada por la cultura y las ásperas realidades de la tierra.

De todos los escritores americanos, ninguno reúne mayor suma de grandes aptitudes, mayor acopio de lecturas y reflexiones, mayor primor en el cultivo del pensamiento y del estilo. Su obra alcanza la reciedumbre imperecedera de lo clásico, una pureza formal intachable que continúa las más legítimas tradiciones del idioma, sin que por eso deje de contener la palpación vital que define al verdadero talento creador. Nutrido en los grandes maestros, logró la sobriedad ejemplar, la expresiva fuerza, la rotundidad elocuente, y a ello aunó, en admirable armonía, la densidad ideológica, la ágil dialéctica, el fervor humano.

Tuvo adentrada en el alma, como imperativo del destino, la vocación del escritor; y el amor de las ideas, inagotable en él y siempre fresco, unido al genio natural de la palabra, robustecido por el estudio atento de los modelos ejemplares, hizo de Montalvo un ensayista no superado y un polemista insigne. Su prosa política, junto a la eficacia destructora del sarcasmo ocasional, exhibe rasgos de valor permanente. Tema que toca su pluma se dignifica. Siempre, aun en los arrebatos de la pasión política, el artista vela, imprimiendo un sello de noble calidad literaria a la diatriba y al apóstrofe. Ahí están sus "Catilinarias" para demostrarlo.

Pero, sin duda, donde su talento excepcional, su variada erudición y su aptitud expresiva alcanzan el máximo florecimiento es en los "Siete Tratados" y en aquellos "Capítulos que se le olvidaron a Cervantes", ensayo de imitación de un libro inimitable, como él lo subtítulo. Pocas veces en la literatura española y nunca en la americana encontraremos, como en estas obras, un señorío más indiscutible de los complejos recursos del idioma, una ilustración clásica de más fina ley. No obstante, el cultivo de la forma perfecta, la delectación en el uso de palabras y giros desusados, no priva en ningún momento a Montalvo de sus inquietudes de combatiente, de sus vigilantes e implacables pasiones de hombre. Todo ello da a su literatura una peculiar fuerza atractiva: vuelca en el molde antiguo, reconstruido por la disciplina del intelectual, el espíritu con-



Juan Montalvo
Oleo de César Villacrés

Se celebró el 13 de abril...

Ecuador.—Se celebró el 13 de abril el primer centenario del nacimiento de Montalvo. En los planteles de enseñanza primaria de todo el país se guardó la semana montalvina. Todos los diarios dedicaron ediciones especiales a la memoria del gran rebelde. Y Ambato se vistió de gala. Porque es en Ambato donde el culto montalvino tiene su Meca. En Ambato, sobre una colina, contrafuerte de serranía, sobre la margen del río, se conserva la humilde casa, el huerto aún florido que abrigó los ensueños del patriota en uno de sus cortos períodos de paz. Caminando por los Andes, desde Ipiates y antes, se oye hablar de las nubes verdes que menciona Montalvo, y uno las ve o cree verlas en esos atardeceres imperiales de montañas y de sol en sintonía. Y en desagravio de Montalvo, el desterrado elocuente, se han ido abriendo bibliotecas en las pequeñas ciudades andinas; algunas casi lujosas, como la de Otavalo; otras, modestas, pero todas concurridas. El pueblo ecuatoriano lee y se enorgullece de su Montalvo. Los demás pseudohéroes, el Flores primitivo y diversos caudillos, se van perdiendo en la noche de sus atracos, más o menos sanguinarios. Y, en tanto, Montalvo se hace actual, llena los corazones, alimenta de esperanza a las gentes. Y tiene razón Ecuador: pocos países de nuestra pobre América tienen un Ambato, la ciudad dedicada al recuerdo fecundo de un grande por el pensamiento. También en Colombia se ven estatuas de próceres de la inteligencia: la estatua de Caldas, la estatua de Nariño, la estatua de

(Pasa a la página siguiente)

temporáneo, ennoblecido por el brío del ciudadano.

Porque más representativa aún que su calidad de escritor es su conciencia de ciudadano, y más hondo que el amor a la belleza, fué, tal vez, en su alma, el amor a la libertad. Como Sarmiento frente a Rozas, Montalvo encarna frente a García Moreno la rebelión de la inteligencia contra la fuerza, y en esta actitud que mantiene a través de años azarosos, con gallarda pertinacia, su figura se proyecta sobre el panorama americano como un ejemplo de heroísmo cívico. Ahora distanciados en el tiempo, sin mengua del respeto debido al varón ilustre, veamos esa actitud en consonancia con el medio y con la época.

Roto el orden patriarcal y católico de la Colonia, esfumados los sentimientos hereditarios de sumisión y jerarquía, desaparecidos en el atorbellinado sucederse de las revoluciones las viejas disciplinas tradicionales, irrumpen con inusitada violencia los instintos anárquicos de las masas, en la superficie de las sociedades continentales. Años de incertidumbre bélica, de bárbara pasión militante, de frenesí sin objetivo, son los que atraviesan nuestros pueblos una vez que los rígidos moldes autoritarios del dominio español se rompen a impulsos de una pujante vitalidad revolucionaria.

Sobre el revuelto oleaje político, destacan las aristocracias blancas de juriconsultos y letrados que pretenden imponer las nuevas fórmulas republicanas al insurrecto mestizaje y a las hordas rurales. Vanos son los intentos candorosos de los ideólogos, adoctrinados en la Revolución Francesa y en el romanticismo liberal, para dar una estructura democrática al bullente conglomerado de fuerzas que se debaten por la supremacía. Las pasiones y los instintos, poderes anárquicos, refractarios a toda integración y desprovistos de sentido, se revuelven sin tregua en épica pugna. Sobre las ciudades cultas, guardadoras del espíritu colonial, de los hábitos cortesés y pulcros, de la sensibilidad refinada, se desparraman las muchedumbres guerreras de los llanos y de las sierras, trayendo la dura voluntad informe de la naturaleza.

Y es que las aristocracias criollas, que continúan la gran tradición española, representan un ámbito cultural que no arraiga en la obscura potencia del medio. La lucha que se plantea es, en lo íntimo, y radical, el conflicto entre cultura y naturaleza, entre las formas de pensamiento y convivencia de las minorías europeizantes y el empuje autóctono de las masas que aun no se elevan a la comprensión de su propio y original destino. Desde un comienzo, la lucha política reviste terrible acritud: liberales y conservadores alternan en el goce del poder y el Estado, es, a menudo, botín de guerrilleros. Ninguna estabilidad jurídica ni continuidad gubernamental es posible porque falta el cimiento necesario: los

sentimientos sociales de respeto, de solidaridad, de disciplina. Sólo la fuerza obtiene una precaria y siempre efímera apariencia de orden. Los instintos sublevados y sin cauce apenas se subordinan a la autoridad de la violencia.

Fácil es comprender el drama de la inteligencia en una atmósfera social de tan adversa índole. El intelectual vive en el mundo platónico de las ideas, la viviente verdad de los hechos raras veces influye en la orientación de su actividad pública. El intelectual llega a la política con un rico acervo de conceptos, de ideales, de citas históricas, y de proyectos racionalistas. La realidad compleja, cambiante e ingrata no entra en sus cálculos abstractos. El quisiera conformar la vida a las aspiraciones universales de la razón. Así vemos en Hispano-América un fenómeno que pudo observarse también en la Rusia anterior a la Revolución de Octubre: el divorcio patético entre los núcleos intelectuales y el ambiente primitivo. La inteligencia acoge las fórmulas, las ideas, los métodos y los prejuicios europeos, y sin adaptarlos, quiere imponerlos. Mientras los ideólogos—abogados y poetas—procuran establecer la democracia en los artículos de las Constituciones, los caudillos, hijos de la tierra, la realizan impetuosamente a su modo, quebrando los cuadros de la sociedad tradicional, en la agitación de sucesivas guerras civiles.

El respeto espontáneo a la norma jurídica presupone una conciencia colectiva y ésta sólo se da en climas de alta y depurada cultura. Donde no hay siquiera unidad racial, como en Hispano-América, y los instintos violentos campean, tienen que surgir fatalmente poderes inorgánicos, efímeros, gobiernos personalistas. Gobernantes como Rozas, Guzmán Blanco, Porfirio Díaz y García Moreno no se dan por azar sino por determinación del ambiente. Y esta necesidad histórica, de la cual son ciegos y, a veces, terribles instrumentos, les comunica cierta extraña grandeza y suspende el juicio condenatorio del que, sin ánimo de bandería, explora el turbulento pasado americano.

Montalvo tuvo en García Moreno un adversario digno de su categoría. De las muchas personalidades despóticas que han aparecido en la política continental, tan rica en valores humanos, ninguna de tan acentuada originalidad como la de este universitario que consiguió imponer en el Ecuador, con la firmeza de su voluntad autocrática, una curiosa tiranía de tipo clerical. No la intolerancia mediocre sino el fanatismo supremo fija el perfil del gobierno de García Moreno. Lo público y lo privado se encuadran dentro de severas normas católicas. La Compañía de Jesús dirige en la sombra, con las sutiles artes de Loyola, la marcha del Estado. Un implacable servicio inquisitorial controla la circulación de las ideas. Los cuerpos del Ejército son designados con nombres eclesiásticos. Más aún: las ceremonias religiosas dan ocasión para que el Jefe del Estado exhiba su devoto frenesí, cargando sobre sus espaldas, en piadosa

procesión, una pesada cruz, rodeado de los altos dignatarios, a la cabeza de la sombría muchedumbre.

Junto a esta devoción ostentosa, García Moreno ejerce su poder, sin contemplaciones, contra los enemigos de su régimen que sirve a la santa religión. Las persecuciones y los destierros completan el cuadro de fanatismo. El hombre que se siente amparado por la Providencia no vacila en recurrir a crueles extremos para defender la integridad de su poder temporal que está al servicio del poder espiritual. Una oscuridad pesada, henchida de un confuso clamor litúrgico, a ratos sacudida por una protesta que la

Se celebró el 13 de...

(Viene de la página anterior)

Torres... ¡Pobres de aquellos pueblos que no tienen sino estatuas de generales que se vuelven oscuros al día siguiente de que los asesina el compadre!... Tiene motivos el Ecuador para su orgullo y para su esperanza. Desgraciados los pueblos en donde analfabetos de espada hablan de construir ideologías y dirigen la enseñanza de una triste juventud... Nos ha llegado correspondencia de Ambato; hemos recordado a los finos ciudadanos que hacen allá los honores de la casa: El Concejo Municipal—electo, no impuesto por ningún general bribón—y el Comité Juan Montalvo agasajan al viajero, lo llevan a los sitios donde respiró Montalvo; celebran reunión en el salón de sesiones; el viajero firma el libro, conmovido; después, a la hora de partir, un rico presente se añade a las maletas escasas: la colección de todas las obras de Montalvo primorosamente editadas. Yo anduve con la preciosa carga más de un año; después, como tuviera que hacer otro viaje largo, doné la colección entera a la Biblioteca de La Habana, donde un excelente director y afectuoso amigo de los visitantes extraños me agradeció el obsequio y lo puso al servicio del público. Y gracias a este azar estarán en un anaquel juntos Martí y Montalvo, los dos excelsos hombres, que no tuvieron ocasión de forjar con sus manos la patria. Y bien lo han pagado las patrias; pero, al menos, ya lo mejor de Cuba reconoce a Martí estadista, y, lo mejor, o más bien todo el Ecuador, comprende que tiene en Montalvo la máxima expresión de su genio nacional. Y así es el ecuatoriano: fogoso en la lucha, dulce en la paz, generoso en el triunfo.

José Vasconcelos

(La Antorcha. Madrid. Mayo de 1932.)

OCTAVIO JIMENEZ A.

Abogado y Notario

OFICINA:

125 varas al Este del Almacén
Robert, frente a Reimers.

Tel. 4184 — Apdo. 338

sangre ahoga, podría ser la imagen de la tiranía de García Moreno.

Sin embargo, injusto sería desconocer que el tal régimen tuvo un fuerte contenido ideal. La personalidad de García Moreno no es la del fanático vulgar, ni la del ambicioso artero, ni la del tirano egoísta. Fué grande, sin duda: tuvo los dones del talento, la energía de la voluntad y la pasión de un sueño imposible. Aquella tentativa suya, no por frustrada menos respetable, de dar a todo un pueblo, la unidad del sentimiento religioso, su afán de dignificar al Estado poniéndolo al servicio de fines trascendentales, merecen la atención comprensiva de la posteridad. Además, aunque vivía para el cielo, no descuidó su tierra: organizó las finanzas públicas, abrió caminos propicios al comercio, inició la red ferroviaria, atendió los problemas económicos...

Contra él mantuvo Montalvo una agitada y soberbia campaña. Ya en 1860, antes de haber actuado en lides públicas, el escritor dirige al estadista estas palabras que envuelven orgullosa amenaza:

Si alguna vez me resigno a tomar parte en nuestras pobres cosas, usted y cualquier otro cuya conducta fuera hostil a las libertades y derechos de los pueblos tendrán en mí un enemigo, y no vulgar.

No, no fué vulgar el adversario de García Moreno. Honrado fué el gobernante con que la pluma de Montalvo escribiera su nombre para execrarlo. Y grato tuvo que ser para el escritor que el destino le deparara un enemigo de rango eminente.

Interminable sería escribir al margen de la vida y la obra de Juan Montalvo: vida tan rica en viriles virtudes, obra tan colmada de méritos indiscutibles. Pasan los años brillantando su recuerdo. Hijo del Ecuador, es un hombre de América. El lo sintió también así, y su espíritu abarcó las grandes perspectivas continentales. Pero tuvo de nuestra realidad, a veces, acaso en los instantes de inevitable desaliento que acometen hasta el más animoso luchador, una imagen amarga:

Yo pienso, decía—que nuestra democracia alharaquenta es como el precito condenado a llevar una enorme peña a la cúspide de un monte: no ha subido cuatro pasos cuando cae y vuelve al trabajo y el dolor. La civilización es para nosotros el peñón de Sísifo: no lo hemos levantado siete estados y henos allí, caídos al pie de la montaña.

Hoy, a cuarenta y tres años de su muerte, conservan sus palabras una lapidaria fuerza de verdad. El destino de Hispano-América aparece cargado de problemas inquietantes. Oscuros presagios cierran el horizonte del porvenir. Y es bueno y es alentador, en horas como éstas, de inquietud y de congoja, aproximarse en espíritu a un hombre como Juan Montalvo, ejemplar en su vida y en su obra.

Eugenio González R.

De "La vida de San Adefesio"

= Colaboración directa =

(Véase la entrega No. 5 del tomo en curso)

Aquí se canta:

Entre Subtiava y el mercado
hay más de un siglo triplicado:
El mismo tiempo se ha olvidado
del tiempo que hay.

La vieja calle se hace cuento,
conseja, verso, monumento:
Se me hace a veces llanto lento,
gemido en ¡ay!

Pero en ciertas preciosas horas,
¡oh calle, cómo me enamoras:
Cómo te vistes y te enfloras
para encantar!

De madrugada, madrugada,
con la canasta bien cargada,
por esa calle ilusionada
la india va:

Con los luceros mañaneros
que cogió el río prisioneros,—
más que en el agua en los luceros,—
la india, limpia, se bañó.

Bajo el yahual la húmeda trenza
pone sordina a lo que piensa:
Sólo el descalzo pie destrenza
la eterna música de Dios.

Antes que el sol, fiero felino,
hinque la garra en el camino,
pebetero de barro fino
ella sahuma la ciudad.

Por acecharla cuando pasa
madruga el macho en cada casa:
La india, casta, de brasa en brasa
rítmica va.

Lleva mamones y jocotes,
nisperos, mangos, tihuilotes;
lleva pipianes y chayotes
para vender:

Lo que no vende son amores:
¡No iban hembras de pastores
a regalar frutas mejores
allá en Belén!

Aquí se dice, se cuenta, se relata:

Repentinamente se ha puesto pálida la noche al lado por donde nace el sol: Es palidez mística en tez morena, palidez de mejilla de india virgen que de pronto palidece. Luego el cielo se ha nacarado. Las estrellas, que brillaban inmensamente grandes, cerca del horizonte, se han desvanecido. El nácar se ha hecho oro en un instante, y el sol—como custodia que el día, sacerdotal, alzara— surge, elevándose con movimiento perceptible. ¡Bendícenos, Señor!

Ya es de día en Subtiava. Las gallinas han volado, torpes, de árboles abajo, y rascan el suelo con afán en los amplios solares. Cantaron todos los gallos y picotean y barren el polvo con las alas, pisando a toda vela. Mil pájaros pían. Con "ceja, ceja" repetidos los hombres uncen pacientes bueyes a las pesadas carretas, y las carretas, una vez listas, se van por los caminos chirriando y tronando.

Rumbo al mercado pasan, en procesión larga, palmoteando pies descalzos

que apenas salen debajo de anchas enaguas de color, las indias que llevan canastas hábilmente equilibradas, sobre las cabezas, encima del rebozo retorcido en yahual. Caminan de prisa con paso especial de ellas, corto, rítmico, hierático: Paso de danza. Son fuertes de cintura y de cuello, con exquisita fortaleza. Son erguidas de pechos, son de espaldas rectas, son de torneados brazos limpios que llevan desnudos con apenas un comienzo de manga para ocultar decentemente los pelos ralos y lacios del sobaco. Cuando aún era noche se bañaron en el río: Son aseadas. En las canastas llevan huevos, legumbres, frutas: Llevan yerbas. Llevan flores. Huelen a estas amables cosas al pasar: Son el olor de la tierra fructuosa. Van calladas: Son discretas.

Cuando llegan adonde comienzan las aceras, en la calle Real que de Subtiava lleva a León,—de la ciudad india a la que fundaron los conquistadores,—en todos los zaguanes hombres las requieren. Son hombres en chinelas y de bragueta abierta: A la bragueta la dicen portañuela. En unos zaguanes se descarga huate, huate verde, fresco, bien oliente, de maíz sembrado al azar: Lo traen, en manojos, carretas olorosas a monte. En otros zaguanes se recibe leche traída en cántaros redondos, de metal, en ancas de bestia trotera. En otros zaguanes sólo se está para acecharlas a ellas, a las indias.

—¡Oyí, vení. No siás sonsa!

—¡Ay mamita, con lo que te hacés rogar!

Más adelante está el parque. El parque es jardín, manzana de ciudad hecha jardín. A un costado del parque está el cuartel. Frente al cuartel, en media calle, hacen fila los soldados. Los soldados, codiciosos, miran a las indias. Pero están en función, presentando armas: Suenan parches y bronces, y dos oficiales izan la bandera. La bandera es azul y blanco. Bandera bella. La humanidad viste la flaqueza de sus egoísmos con harapos de color. Bajo esas tiras de emoción tal vez las indias ven carnes cansadas. No. Las indias no saben qué signifique una bandera. Los oficiales descomponen su tiesura, olvidándose del trapo vistoso que izan, por querer adivinar debajo de los trapos que cubren a las indias.

El mercado es alegre. Alegrísimo. La vida tiene allí honda significación que huele a carnes crudas colgadas de fuertes clavos puntiagudos, que huele a frutas y a legumbres. Estómagos de vaca, abiertos y apestosos, invitan moscas: A eso también huele la significación de la vida.

—¡Veya, niña, qué mondongo más hermoso!

Las cebollas sentimentalizan el ambiente. Largos cuchillos brillantes ponen de manifiesto la sólida inocencia de los quesos. Para guardar bien los quesos se les untó de plasta de ganado: Bajo esa capa de oro marchito, el cuchillo

tajante descubre blancuras impecables.

—¡Llévame el queso que es de mantequilla pura!

En el corredor del mercado venden hombres, sobre largos mesones. En el patio entechado se están, en cuclillas, frente a sus canastas, las indias. O francamente se echan en el suelo untado de mil mugres. Forman valla por la que circulan, agolpándose, las cocineras compradoras. Un vocerío fragoso, chillante y zumbador resuena debajo del elevado techo. Hay un millón de moscas. Vuelan avispas. Huele a todo.

—¡La albaca! ¿Quién quiere albaca?

—¡Ve qué hermosura de quiquisques!

—Tenés muy caros los tomates.

—¿Y vos crés que yo tengo güegüecho?

—¡Los güebos de paslama!

—¡Será la sonta de tu agüela!

—Llévame los chilotes y te doy ipegüe.

Se pregona, se discuten precios y valores, se lucha por el real, por el centavo, por el medio centavito. Difícil es creer que en medio de tal algarabía se converse, pero se conversa. La raza es esencialmente conversadora. El indio taciturno es el de países del Norte, a quien le quitaron todas sus tierras, que es donde tenía el tronco de la lengua. El indio de León, no. El indio de Subtiava ya tenía república cuando en España el Cid tartamudeaba castellano. Con la Independencia el indio volvió a su antiguo régimen. Tiene la lengua suelta. ¿Y dónde si no en el mercado se saben todas las noticias?

La noticia del día es la peste. Enfermedad extraña ha aparecido en la ciudad. Muere gente a montones en un avemaría. En todos los barrios hay atacados. Nadie sabe qué será.

—Anoche oyeron pasar Cadejo por la Recolectión...

—Por el lado del Laboriyo dicen que voló la Sirena...

—Es quel Diablu anda suelto...

El mercado queda detrás de Catedral, calle de por medio. En Catedral también se sabe que hay peste. Desde temprano no han cesado las misas. No ha acabado una cuando ya están otras empezadas. En todas se pide misericordia.

—¡Líbranos de la peste, Señor!...

En todas se reza por los que están en agonía.

El sol ha subido mucho. El mercado ha quedado despejado. Perros sin dueño, perros medrosos que el hambre ha vuelto vegetarianos, clavan el diente en cáscaras, levantando los labios del hocico en mueca medieval que deja ver amarillos los colmillos. Fuera del mercado el calor reverbera sobre el empedrado de las calles. Sube de ellas vapor feo de respirar.

Frente a Catedral, entre Catedral y el parque, corre la calle que lleva al cementerio. Los leoneses le decimos la calle del Pantión. Es una calle recta, negra porque la empedraron de lava, que tiene gran bajada al sur. En lo más bajo pa-

sa sobre puente, puente antiguo, de tres grandes arcos romanos: Es de calicanto, colonial. Debajo del puente pasa el río, casi sin querer pasar, haciéndose muy ancho y seco, y formando islitas de arenilla barrosa: Por ahí, del Seminario, del Instituto, de las Escuelas graduadas, se van los chavalos, juidos de clase, a descubrir tierras y a vivir, en la amplitud y la intensidad de su imaginación, la lección de las carabelas colombinas y de las fechorías de Pedrarias Dávila.

Al final sur de la calle, en la cumbre de la cuesta del otro lado del puente, está la iglesia de la Virgen de Juan Diego, la trigueña del cerro de Tépeyac. Detrás de esa iglesia a unas cuadras, está el Cementerio de Guadalupe. El Cementerio está dividido en patios: El de los mausoleos, con ángeles en camión de dormir, apoyados en anclas o abrazados a cruz; con estatuas o bustos de señores de gran bigote; con jarrones en forma de urna griega; todas tumbas presuntuosas: Luego, detrás de ese patio, el de Primera, rodeado de murallones anchísimos llenos de nichos; aquí hay cruces gruesas, de madera, lápidas de piedra del país, montículos sembrados de zacate: Sigue el patio de Segunda, más humilde, con cruces flacas, con monte crecido: Finalmente está el patio de Última: Pacen tranquilas mulas de ojos serenos y colas cortas, colas locas, colas que no se dan abasto para sacudir moscardones, porque les cortaron el pelo. ¿Quién sabe qué rey cruel decretó ese estilo para las pobres mulas!

Por la calle del Pantión pasa todo entierro que va a ese cementerio. Para cada entierro, al pasar por Catedral, doblan los grandes bronceos sonoros del templo. A peso el doble. El campanero es sordo. Sordo como tapia. Los leoneses tenemos orgullo especial de esto. No son campanas cualesquiera las que pueden ensordecer tan perfectamente al que las toca, ¿verdad?

Cuando el entierro es de gente del centro, principal, detienen el féretro en una esquina de Catedral y allí, desde el elevado atrio, los oradores les hablan al muerto y a los que llevan al muerto. Después de buen discurso de entierro se puede aspirar a diputado. Si el muerto es muy principal, hay torneo de oratoria. Hay discursos en todas las esquinas, pero en la esquina de Catedral los de los oradores más famosos: El puesto es peleado. Después de estos discursos, el cortejo sigue adelante, cuesta abajo. Al llegar al puente, la mayoría de la concurrencia se despide. Si han llevado al muerto en hombros, allí lo meten en la carroza fúnebre: Hay pesada cuesta que subir.

Hoy las campanas de Catedral no han dejado de doblar. En todas las demás iglesias también se ha estado doblando desde que amaneció. Y se ha tocado el toque de agonía interminablemente. Todavía no ha muerto nadie principal porque no se ha detenido procesión ninguna a oír discursos. Ha pasado uno, han pasado dos, cuatro, seis, trece entierros. ¿Trece entierros en sólo la mañana! Todos con poca concurrencia: ¿Son muer-

tos de la peste! Hay prisa por enterrarlos pronto.

En el mercado hay un vacío ominoso. Se oye ronco, clamoroso, el ruido de campanas. ¡Din--don, din--don, din--don!... ¡Horror, señores, horror!

Aquí se canta:

Tribulación, tribulación:
¡La peste, vaho de dragón,
sopló en las calles de León,
esa ciudad!

Se oyó Cadejo en occidente,
voló Sirena por oriente:
¡En carne humana sacia el diente
la Sin Piedad!

¡Cuánta conciencia ha despertado
arrepentida de pecado!
Hoy como nunca se ha rezado
con devoción.

Más que la frente, el alma suda:
De vanidades se desnuda
y en la fe primordial se escuda,
loco de miedo, el corazón.

¡Din, don, din, don, din, don!...

Aquí se dice, se cuenta, se relata:

Pasó León tarde llena de dolor. Luego noche de angustia. Hubo función de cine, pero sin espectadores casi. El parque se vio abandonado. El desvelo envejeció los rostros. ¡Cuántos ojos no vieron ése ni ningún otro amanecer! Y los demás ojos, que el llanto enturbiaba, vieron la luz del día húmeda de vinagre, apagada en hiel. Se trabajaba recio en los cementerios, que además del de Guadalupe deben contarse los de Subtiava y San Felipe. En el mercado no se habla de otra cosa.

—¡Ay mialma, si venís de casa apesada, no me manosiés la verdura!

—¡Que la Santísima Trinidad se apiade vos!

—¡Los nancites! ¡Los nancites!

—¡No comprenden nancites porque dan la peste!

—¡La peste la da tu lengua, deslenguada que sos!

—El cobrador del mercado iba dando boletos y recogiendo centavos, hombre odiado, — infeliz empleado que el amo enseñó a enseñar dientes de perro y a hablar en gruñido,—cuando le cogió desmayo y cayó, atacado de la peste, arrojando vómito negro. Nadie lo levantó hasta que llegó la policía con las andas de San José que Lino Argüello, el poeta de León, cantó al son de macabra música crujiente.

Frente a Catedral, que mira al poniente, está el parque. En el parque hay céspedes. En cada esquina tiene fuente. En el centro, kiosco de madera, en estilo que quiere ser morisco, donde la banda se acomoda para tocar de vez en cuando. Hay, aquí y allá, palmeras reales, y uno o dos cocos que se elevan pandos y flacos y que tienen penacho de palmas atormentado por el viento. Dan sombra al paseo enladrillado que circunda esta manzana de jardín, bellos almendros, árboles de ramas en parasoles superpuestos, de grandes hojas verdes, ova-

ladas, que se ponen de rojo y de oro al marchitarse: Su fruto también es verde, y rojo, y amarillo.

A la derecha de quien desde el parque mire hacia Catedral, está el Palacio del Obispo, que ocupa media cuadra, y el Cuartel que ocupa lo demás. Al lado izquierdo está el Palacio del Ayuntamiento que los leoneses llamamos el Cabildo. En el Cabildo ha habido, muy temprano, Junta de Notables: Llegó, de enfrente, el obispo; llegó el Jefe Político; presidió el alcalde; concurrieron regidores, y asistieron veintena de vecinos pudientes, de abolengo, entre comerciantes, dueños de haciendas, médicos y abogados.

Se oyó la voz autorizada de los facultativos, quienes dieron fe de que la peste procedía de los cerdos que, a sus anchas y en paz, eran dueños y señores de transitar en la ciudad por dondequiera.

Un hombre de finca abogó por la libertad de los animales. Con razones robustas alegó ser absurda la noción de que el cerdo propagase la peste, y apeló a la autoridad de su Señoría Ilustrísima.

Su Señoría prefirió parecer hundido en meditación profunda.

Habló el Comercio, también en contra de los cerdos. Replicó con vehemencia el afincado. "Siquiera por vanidad",—redarguyó el Comercio—"debiera León quitarse de encima tanto chanchito".

"¡Todo se vuelve vanidad!"—exclamó el finquero.—"Y por eso nos morimos como animales. ¡Diga usted, si no, señor obispo!"

El obispo entonces dijo palabra del Eclesiastés:

"Una es la muerte de los hombres, y de las bestias, e igual la condición de entrambos: Como muere el hombre, así también aquellas mueren; del mismo modo respiran todos, y nada tiene el hombre más que la bestia: Todo está sujeto a vanidad. Y todas las cosas caminan a un lugar: De tierra fueron hechas, y en tierra igualmente se vuelven otra vez. ¿Quién sabe si el espíritu de los hijos de Adán subirá arriba, y si el espíritu de las bestias descenderá abajo?"

El hombre de fincas calló. "Bestias", pensó, "son sólo las de montar. ¡Granadino tenía que ser el tal obispo!" Los del Comercio no volvieron a abrir la boca. Los médicos, acallado el debate, acordaron, en nombre de todos, las siguientes medidas:

Primera, prohibir el destace de chanchos en todos los rastros y a domicilio bajo pena de expulsión de la ciudad.

Segundo, prohibir la venta de carne de chanchito y todos sus derivados, bajo pena de multa de cien pesos fuertes.

Tercera, ordenar a la policía y al vecindario dar muerte a todo animal porquino que se viese en poblado.

Cuarta, publicar por bando solemne estas órdenes de salubridad pública, policía y buen gobierno.

Salió el pregón, con acompañamiento de marchas militares. Algunos creyeron que se trataba de general que había muerto y se preguntaban si sería Ortiz, o Godoy, o Chavarría, o Ramírez, los generales afamados de León. Otros, que

iban a entierros, dejaron estos séquitos para oír y saber de qué trataba el bando.

En una esquina se toparon dos entierros que venían a desembocar en la calle del Pantión, el bando, y un viático. Bajo ancha sombrilla morada iba señor cura sudoroso llevando con gran alarde el Santísimo Sacramento en copón cubierto por faldillas de rasete bordado. Le seguía sacristán portador de la caja de plata en que se guardan los Santos Oleos. Formaba procesión multitud con velas encendidas, todos rezando en altas voces. La escolta del bando presentó armas. Los acompañantes de los entierros humillaron en tierra la rodilla. El viático siguió su marcha al son de los rezos y del tilín, tilín de campanilla aguda que un muchacho iba sonando.

Iba el viático al azar y entraba donde se le solicitaba, que era en muchas casas. De todas las parroquias había salido procesión semejante. A veces el Sacramento era pedido por dos y aún tres casas a la vez.

—¡ Señor, que ya agoniza!

—¡ Padrecito, por vida suyita, que no le falte este consuelo!

—¡ Señor, por Diosito mi lindo!...

A veces el viático llegaba tarde: El aquejado acababa de morir. Las mujeres de esa casa se desmayaban, o prorrumpían en gritos y aullidos, en berridos e imprecaciones. Las más histéricas se rasgaban las ropas, se arrancaban manojos de cabello, se rasguñaban la cara.

No había qué hacer: Si no se mataba a los chanchos, la población entera perecería: Y a matar chanchos se dijo.

Parecía juego.

Soldados, policías y muchachos correteaban cerdos por las calles, tarea nada fácil. Se acometía al animal desde ambas esquinas de una calle y se le acorralaba. Con frecuencia el pobre ser, chillón y quejoso, se escapaba. Había horror de tocarlo y le huían cuando se acercaba. Entonces se comenzaba otra vez el ataque.

Con chuzos, con especie de lanzas, o con fusiles a bayoneta calada, se destripaba al animal. Y como el cerdo no así que así entrega el alma a su Creador, allá se iba a todo correr, brotando sangre y arrastrando tripas, el animal herido, buscando su querencia.

Nada más grotesco se vio nunca. Era para hacer reír a los hombres y llorar a los niños, y los hombres reían a carcajadas feroces, y los niños lloraban. Los gritos casi humanos de los cerdos correteados y destripados se mezclaban con los plantos casi de animal de las pobres gentes que tenían muerto acabado de morir.

Herida de muerte, escapada de sus ajusticiadores quién sabe cómo, pero por designio del Altísimo, llegó a su lodazal de junto al río y detrás de la mísera cabaña del santito recién nacido, la chancha que era de la pobre mujer recién parida. Allí, en su querencia al fin, el animal se echó en agonía. Tenía la herida al cuello, horriblemente abierta, y regaba sangre que daba horror. ¡Dios nos guarde, señores, de semejante suerte!

Aquí se canta:

¡Alma mía, oye qué cosa salmo, y boca de sibila tenebrosa,
para tu oído destila:
Que ya llega Juez tremendo y su justicia proclama—
sus palabras como llama
de un incendio!
Cielo y Tierra temerosos de sus ojos huyen: ¡Mira:
Tierra y Cielos hechos pira,
pavorosos!
Esa luz y esos ardores de esa noche son aurora:
¡Con qué horrores ese día se colora!
Y sonó trompeta dura:
Oyó el sol y se deshizo:
Se abrió toda sepultura que Adán hizo:
Muerte, Infierno, Cielo y Tierra ven gusanos que vomitan cuanto su estómago encierra,
y escuchan voces que gritan:
“¡Oímos, Señor! ¡Llegamos!
¡Pecamos, Señor, pecamos!”

Aquí se dice, se cuenta, se relata:

La chancha se revolcaba en el lodo que su sangre teñía. A decir verdad, señores, demostraba demasiada energía para estar moribunda. Ello es propio de su raza. Ninguna otra criatura hace, para morir, los aspavientos que el chanchito. Por eso se dice “Es un chanchito para morir” de quien a todo trance no quiere aflojar el alma. Por esto, quizás, el chanchito fue de antaño animal maldito: El alma se le queda pegada a la carne, y comer esa carne trae peste: Y la peste es el juicio de Dios.

Cerca de la chancha herida, a su lado, separada de ella por sólo la pared de caña de la cabaña miserable, la madre del santito también agonizaba. Estaba echada de lado, con las manos juntas: Parecía que rezara. Tenía los ojos entornados: De haber estado de pie, hubiera mirado al cielo. Salía de su pecho ruido cavernoso, irregular, como si los pulmones los tuviese de madera, de piezas de madera mal ajustadas: Ruido de matraca lejana. Con la boca hacía muecas espantosas. Debajo de sus trapos corría sangre. ¡Se moría, señores, se moría!

A su lado el santito se estaba, quieto. Todo colorado, de un colorado oscuro, parecía de barro. Parecía idolillo del barro de que hacen las tinajas de El Sauce. Parecía estar atento a graves cosas,

como idolillo que escucha voces arcanas.

El ronquido de los pobres pulmones se hizo chiflido: Era el alma que se desembarazaba de terrenas trabas. En ese instante la criaturita se incorporó, se puso de rodillas, y dijo por su madre:

—Jesús, José y María, a vosotros os doy el alma mía.

No bien le fue dicha la santa jaculatoria cuando la agonizante se volteó bruscamente y quedó rígida, de espaldas, con la boca abierta y los ojos fijos y saltados. ¡Daba miedo! Estaba muerta.

Mientras tanto la otra moribunda seguía en horribles estertores. ¡Cuánta sangre hay en un chanchito! Habría que ser destazador para saberlo. La chancha sangraba y sangraba, y gruñía y gruñía: Sangre roja como de ser humano, gruñidos espantosos, de ser con alma responsable. De fuertes se fueron volviendo cada vez más débiles esos gruñidos hasta parecer berridos de niño que, después de haber berreado mucho, berrea débilmente, e hipa, entre hondos suspiros, hasta que se duerme cabeceando. La chancha cabeceaba. ¡Oh Dios, sobre ella, como sobre todo ser que huele tierra, ya va a triunfar la muerte! Pero no. Porque ha llegado la hora de que los chanchos se rediman. ¡No mueras, chancha: Aguanta! Como ya tu dueña reposa en el regazo del Señor, en verdad te digo que ya no tienes dueña: Eres libre: Libre en la materia como símbolo de tu liberación espiritual que ya se acerca.

Señores, cuando su madre hubo muerto, el santito gateó al rededor de ella. ¡Cómo era fea la criaturita! Tenía los ojos chiquititos y oblicuos, chata la nariz, la boca hecha un hocico, inflada la panza, el ombligo salido, y flacas, flacas, flaquísimas las canillitas pandas. Por lo que toca a nalgas, era tan aplastado de trasero como un mono.

Gateó al rededor del cadáver la horrenda criaturita y, después, también gateando, salió de la cabaña, se arrastró al lodazal, se acercó a la chancha que expiraba, y se prendió de sus tetras, a mamar.

Cesaron los gruñidos: Se contuvo al instante la hemorragia: Se cerró la herida: Y se quedaron dormidos, al amparo de Dios, la chancha y el santito: ¡Hablemos quedo, señores, no los vayamos a despertar!

Salomón de la Selva

TOS
Expectorante Oriental

Estampas

Condenemos la línea tortuosa y aspiremos a imponer la línea seguida

— Colaboración directa —

Expresión de Gracián: "Fácil es de matar al vuelo el ave, que le tiene seguido, no así la que le tuerce". Conocedor profundo de esta argamasa humana, buscaba en la tortuosidad manera de que no se le frustraran las acciones. Línea seguida es perdición en la conducta. Por ella se guía el solapado y hace mezquina la lucha. No porque sea línea quebrada sino porque dé visible fatiga al ojo hecho al contorno borroso. Es el ojo colectivo que vive en la penumbra que produce la línea tortuosa.

Lo desolador es que de la tortuosidad vive el mundo. Muy pocos riñen con ella y trazan la línea seguida. Y es natural la atracción, porque la vida parece dar sólo espina. Una vez, dos, difícilmente tres, recorreremos el camino, que nos mete hondo la púa. Hay otro camino por el cual el tránsito se hace de rodillas o de vientre, pero como es tortuoso y la sombra protege, ni pena ni dolor siguen al caminante. Por aquí van todos los que no nacieron para vivir noblemente. Transigen con los mayores errores y no se inquietan a menudo ni con el crimen. ¿Para qué la congoja cuando es inútil, cuando no tienen remedio las cosas? Lo mejor es callar. Callando el olvido viene. Y lo que no ha de ser bien vengado que sea bien disimulado. Es decir, buscar la tortuosidad, apartarse de la línea seguida.

Pero es fatal para un país la reflexión que lleva a la gente mayor y menor a torcer la línea. Fatal porque la tortuosidad envilece y país envilecido es presa inminente de todas las esclavitudes. Hay un tipo de hombre y de mujer que constantemente se queja de la ineficacia de la lucha. Muy bien, dicen, lo que se está haciendo en defensa de éste o del otro interés nacional, pero es estéril. Y es estéril para ese tipo de hombre y de mujer, sólo porque de momento no ven la acción del cañonazo que da en el blanco y lo vuelve añicos. En realidad esos descreídos son gente de la línea tortuosa. Aparentan desvelo por un país, no se les mira del lado de los traficantes y de los arrebañados, pero hay flojedad en ellos. Les falta rumbo, les falta sacrificio para no torcer la línea. Son gente que de nada sirve en la redención de un país. Pudiendo clavarse la espina, calzan el guante y rehuyen el tránsito que exige fortaleza. Hablan de ineficacia de una lucha que no quieren hacer recia con su participación. Se colocan en el puesto de juez para disculparse, para hacer sentir al que pelea que le falta tacto y que no debía desafiar poderes que no ha de vencer. Y lo cierto es que, si para iniciar la defensa de los intereses de una patria hubiera que esperar a que la voz de alarma la dieran esos individuos que están prontos a hablar de la lucha ineficaz, nunca llegaría el momento de la campaña grande. Por comodidad, por

incapacidad para el sacrificio están posponiendo la ocasión. Esta está para ellos cercana. Y pasa el tiempo y no llega. Ya llegará nuestro día, dicen, cuando hablan de la ineficacia de lo que otros hacen en bien de un país. Y su día no llega, no puede llegar, porque son gente de la línea tortuosa. Le tienen miedo a la línea que no tuerce. Es malo exponerse, es malo mostrar las armas al enemigo.

Es, no hay duda, la gente peor. Con ella no se da batalla ninguna cuando un país tiene amenazados sus grandes intereses. Tan negativos como los que francamente transigen con los errores o con los crímenes. Porque éstos que todo lo pasan metidos en su carapacho de indiferencia, aseguran que no tiene un país al cual le escamotean sus medios de vida independiente, nada que defenderle. ¿Para qué, dicen, afanarse por cosas definitivamente perdidas? Además, nadie suspira por ver libres esos intereses. Son unos ilusionados los pocos que gimotean. Los más están complacidos con que el país camine por donde camine. Si hay corrupción en nada estorba el crecimiento del país. Sigamos como vamos. Ni luchas, ni algazaras, porque esas actividades van en descrédito de la nación. Y la nación no debe sufrir descrédito, porque tienen que verla los ojos de afuera refulgente y modelo de muchas virtudes. ¿Para qué empeñarse en acabar con sistemas que nos vienen dando vida tranquila y ordenada? ¿Para qué oponerse a las ideas de los mayores? ¿Para qué conmover las instituciones?

Unos consideran ineficaz toda lucha, por estemporánea. Otros hablan contra ella por perturbadora. Para unos y otros en el fondo no valen nada los intereses de un país. Es natural en esa gente medrosa y cómplice su condenación de la lucha que tienda a despertar conciencia en un pueblo. Son gente que sigue la línea tortuosa. Línea cómoda y sin sacrificios. Línea que permite pasar la vida sin complicaciones. Y una vida llana es el anhelo de la colectividad.

Pero si hemos de aspirar a que los países se rediman y no se precipiten día a día en el envilecimiento de las bestias, tenemos que condenar en la gente mayor y menor el camino de la línea tortuosa. No quebrems la línea que ha de ser seguida. Es línea de luz que alumbra y quema. Es línea de sacrificio. Es línea de nobleza. Y para que haya defensa de los intereses de un país debe hacerse vivir en ella a sus hombres y a sus mujeres. Línea seguida, porque así no hay penumbra, porque así el solapado no tiene campo para sus vilezas. No es obra de un día ésta de hacer vivir a las generaciones mayores y menores la línea seguida. Taras de siglos inclinan la voluntad humana a la comodidad. Allí está terrible la tara del liberto pudrien-

do la conciencia de la gente. Pero hay que acabar con toda tara de esclavitud. Hay que educar bien, hay que despertar conciencias. Obra inmensa. Pero es obra que precisa emprender. No la abandonen los que puedan hacer su parte en ella. Si no se emprende con fe, si no se aspira a producir en la gente la reflexión austera no habrá muy pronto lucha fecunda. Las taras son poderosas y como contra ellas no hay conmoción del espíritu, siguen imponiéndose y abatiendo a los pueblos. Sin embargo, conociendo cuánta es la miseria que está disolviendo el alma colectiva se puede batallar y hacer obra salvadora.

Es obra grande, pero que no puede posponerse. No hagamos caso de los que justifican su cobardía clamando contra la ineficacia de la lucha. No hagamos caso de los que consideran que todo está perdido y que ya no sirve sacrificarse por los intereses de un país. Esa es la escoria enredada en la entraña de los pueblos. Hay que sacarla de allí y que la entraña se libre de un mal. Libre de ese mal tendrá movimiento libre y crecerá y dará su defensa. Pero no la abandonemos. No pongamos oído a los desanimadores. Ellos son los mordidos por las taras seculares que hacen de sus palabras maldición de los pueblos. La inspiración para la lucha tenemos que encontrarla en nuestra propia vida. Tengamos seguridad de que si no hay en ella miseria que produzca tinieblas, de allí sacaremos fortaleza y no nos acobardaremos. Haremos la obra grandiosa de trabajar porque un país tenga gente preocupada, gente de conciencia despierta que vigile, que no se deje imponer esclavitudes. Lo terrible es no hacer nada. Lo detestable es lamentarse y no luchar. El empeño tiene que ser invencible. De lo contrario nada grande se logra. Lleva el luchador la parte dura, pero es la parte grande de la lucha. Del lado opuesto hay todos los medios para vencer e imponer el aparato de conquista. Pero son medios que no perduran, que no pueden perdurar cuando encuentran frente a ellos vidas fuertes, vidas limpias, vidas que reciben luz y la prodigan para deshacer la tiniebla que los medios menguados esparcen en su empeño de triunfar. Sabiendo que a la postre la batalla es de aquel que no retrocede, que defiende con el corazón, la lucha es grande y constructiva. Por la lucha constructiva debemos empeñarnos en un país. De ella sale la liberación. No el aplauso para el que lucha, sino el bien inmenso para el pueblo que sigue la lucha. Y para que la siga con nobleza, con pureza, hagamos la obra grande de romperle sus taras seculares. Si lo educamos, si lo enseñamos a que se interese por sus grandes problemas, tendremos cada día un campo más hostil al tráfico de los viles. Pero la obra es de sacrificio y por lo mismo grande. Condenemos la línea tortuosa y aspiremos a imponer la línea seguida, la que no tuerce, la que da temple al espíritu humano.

Juan del Camino

Costa Rica y agosto de 1932.

La maricas

= Envío del autor, a quien le tendemos las dos manos =

—¡Senda, Senda...! Andá vos, pasmao, icile que ai viene Colás, que se las pinte Cuyo por onde primero pueda, porque ande aquí estoy viendo que viene medio encumbrao. Corré, icile...

Metrio echó a correr sobre la gran ese del trillo, única letra que conoce el viento del potrero.

—Senda, quíay viene tata medio tra-guiao, y si no te encuentra, te raja a cuero. ¡Máma está que no cabe!

El chiquillo corría de un lado a otro, saltaba los paredones del río, se llevaba a la boca las dos manos, ahuecadas, y llamaba:

—¡Senda, Senda, onde estás, Senda...!

La uña de alabastro de la luna en creciente descascaraba los esmaltes del confín, y la noche llegaba, a bocanadas, por detrás de los cerros. Como ya no se veía, el viento no pudo seguir leyendo la gran ese del trillo...

Cerca se veía el río, blanco de espuma, cana enorme en la melena del bosque. Y desde allá venía la voz de Metrio:

—¡Senda, Senda, onde estás con ese desgraciao!

—Máma, ¿noá venio?—entró diciendo, jadeante, el chacalín; y la mano de la vieja dió en la boca que fué a empolvase debajo del fogón.

—¡Shh! Grandísimo bocabierto, no ves que se está quedando dormío?

Colás roncaba en la cuja, voltiao pa la paré...

—¡Virgen e los Angeles, póndehabrá cogió esa muchacha...!!

La aurora sacudió los ramajes, y se espantaron las piapias.

—Senda, por Dios, ónde bís pasao toá la noche.

—¡Pus en la vela e ñor Lico... ¿Qué dijo tata?



Lavando

Madera de Laporte

—Qué iba icir, si llegó cayéndose. Ponete a quebrar la masa, y que Dios guarde le soplen esto.

Senda me amarró el delantar, y empuñó la cigüeña de la máquina chiguense. De rato en rato se quedaba viendo sabe Dios qué cosas horribas, porque el delantar iba a los ojos...

Ese día, al almuerzo, dijo Metrio:

—¡Por qué me saben a sal éstas tortillas...! Y Senda se fué a hundir la cabeza entre las sábanas. Estaba... ¡rabiando e la cabeza!

Uno, dos, tres meses...

—¡Por qué te bis vuelto tan maricas! —le decía Metrio a Senda.

Y Colás:

—¡Dita sea ésta loca e la porra. ¡Cuando nuestás quejándote, tás hecha una Madalena! ¡Vos te bis vuelto una hipoteca!

Aquella tarde, andaba ella con Metrio en la milpa. De pronto, Metrio vino corriendo hacia ella:

—Tiene tu nombre: Rosenda.

Ella cogió la peineta y se dobló a llorar sobre el hombro de Metrio:

—¡Diantres la maricas!

Cinco, seis, siete meses...

Colás estaba al cumplir su condenatoria en la Cárcel de Alajuela; tres meses por una cortadilla que no valía una chinga.

—Es mejor llamar a ña Santos.. Ve que pasao mañana ya está aquí Colás y quién quiere velo, y con razón...

—¡Como usté quiera, máma...! E todas maneras, ya pa qué quiero yo la vida...

—Nada te está pasando... ¡Metrio! Por la noche llegó ña Santos llevando el brebaje trágico.

—Sámpese esto, hijita, es mejor que su papito no sepa esta desgracia. Y cuando en el guaba donde dormían las gallinas se irguió la madrugada y palmoteó el hombro de los cerros, la madre de Senda y ña Santos acuñaban con el pie la tierra de un hoyo recién cerrado en lo más tupido de la maraña...

Después, se alejaron las enterradoras. La madrugada seguía palmoteando, cariñosa, el hombro de los cerros.

Colás había vuelto.

—¡Chacha el Señor—le dijo a Senda aquella tarde fría,—por qué estás tan esquiJarada... Vos te bis vuelto que ya no valés una cuecha. Vamos a que te calentés un poco... Metrio, vamos al bajo, a dale una vuelta a laovera...

Senda echó a andar potrero adentro, lenta y calladamente. Cuando llegaron al bajo, la overa envolvía en pañales de vaho al ternero recién nacido. El paisaje rodaba, redondo, ojos abajo de la overa. Hurgaba el moto a hocicazos la ubre repleta, y ojos abajo de la vaca, rodaba, a intervalos, el paisaje redondo...

Senda se acercó, despaciosa; miró largo a aquella madre que lloraba su ternura, y ocultando la cara tras el hombro de Metrio, lloró como nunca había llorado.

—¡Diantres ésta loca e la trampa!—dijo Metrio.

Y Colás:

—¡Dita sea ésta maricas...!

Héctor Solano Blanco

Heredia, Costa Rica, 1932.

Don Joaquín: Un día leí eso en el *Centro Ariel* de mi Escuela Normal y me sugirió Carlos Luis mandarlo a *Repertorio*. Ahí va, pues; si no sirve, allá con él. S. S. H. Solano Blanco.

Heredia, julio de 1932.

INDICE

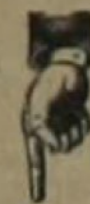


TEATRO DE SHAKESPEARE:

Noche de Epifanía	© 0.50
Trabajos de amor perdidos	0.50
Antonio y Cleopatra	1.25
Sueño de una noche de San Juan.....	0.50
La comedia de las equivocaciones	0.50
Las alegres comadres de Windsor.....	0.50
La Tempestad	0.50
Tito Andrónico	0.50
A buen fin no hay mal principio.....	0.50
La doma de la bravía	0.50
Coriolano	0.75
Troilo y Cressida.....	0.75
A vuestro gusto	0.50
Timón de Atenas	0.50
Pericles, Príncipe de Tiro	0.50

Solicítelos al Admor. del Pep. Am.

INDICE



OBRAS QUE LE CONVIENEN:

César: <i>La guerra de las Galias</i>	© 0.50
Jenofonte: <i>La expedición de los diez mil.</i>	
2 vols.....	1.00
Gobineau: <i>El Renacimiento.</i> 4 vols.	3.50
Dante: <i>El Convivio</i>	0.50
Calderón: <i>La Vida es Sueño</i>	0.50
Balzac: <i>Papá Goriot.</i> Novela	1.25
Voltaire: <i>Historia de Rusia</i>	1.00
Rousseau: <i>Contrato Social</i>	0.75
Poe: <i>Cuentos Fantásticos</i>	1.25
Plutarco: <i>Vidas Paralelas.</i> 10 vols.....	9.00
Silvio Pellicó: <i>Mis Prisiones</i>	0.75
Montesquieu: <i>Crandeza y decadencia de los Romanos</i>	0.50
Edmundo About: <i>La novela de un hombre de bien.</i> 2 tomos	2.00
Próspero Mérimée: <i>Crónica del reinado de Carlos IX.</i>	1.50

Solicítelos al Adr. del Rep. Am.

Semblanza de Blanca Luz Brum

= Envío del autor =

Cuando Blanca Luz llegó a México era casi una jovenzuela, y más lo parecía por su delgadez y estatura. De facciones regulares y finas,—pálida, tenía un conjunto agradable. Ese día, creo que hace más de dos años, Alfaro Siqueiros habíase presentado a mi oficina diciéndome: «Quiero presentarte a una compañera y que me ayudes a llevarla a un alojamiento conveniente, porque es extranjera y no conoce a nadie.» Salí en seguida a la calle con mi amigo el pintor y trabé conocimiento con la poetisa uruguaya, a quien me presentaban, que me dió de improviso la sensación de un pajarillo asustado que ha perdido el nidal. Esta impresión se afirmaba por la presencia de un niño a quien ella ceñía con brazo y mano derechos.

Al siguiente amanecer ya le estaban dañando el corazón los dos mil trescientos veintisiete metros de altura de la capital. Tenía vértigos y hemorragias. Y con esto y el comenzar a sentirse dentro de un ambiente hostil su espíritu se perturbaba y abatía. Aunque quizás su alma ya venía perturbada. Pues si no, ¿hubiera emprendido tamaño viaje desde Montevideo, con un niño al brazo y un hombre apretado al pecho? El amor a la lucha social y el amor amor la empujaron con rápido viento del Uruguay acá. Dos pasiones de la que la segunda fué la mayor, la hicieron gastar en penalidades, durante un año, más que lo que había gastado de sí en toda su vida anterior. Su cuerpo lo dice todavía por lo espigado, y lo dice aún su carácter, a las veces agrio y otras dolorido, aunque no mucho, pues ni acritud y amargura llegan a sobrepasar los límites femeniles.

En Sud América, cuando las mujeres son jóvenes e inteligentes, deriva de repente su inquietud hacia los fantasmas verbales del verso o de la prosa literaria (esto sucede en todas partes, pero allí más); y como pájaros mañaneros despiertan de repente cantando al sol, a las montañas, a todas las cosas en fin, pero ante todo al amor, que es Deseo. Si tienen genio, estas criaturas se convierten en magníficas poetisas, asombro de propios y extraños aunque se casen con teniente, y a veces hasta son bonitas. Blanca Luz, en este proceso gestatorio de la literatura femenina tuvo una diferencia que la hace sobremano interesante junto a sus compañeras: el dinamismo, no sólo verbal, y la fuerte aptitud para el sufrimiento. Antes de venir aquí, muy joven, era ya un autor gustado desde Guatemala a la Argentina, y sólo en México pocos la conocíamos, únicamente tal vez los lectores del REPERTORIO AMERICANO de García Monge, o los del *Amauta* de José Carlos Mariátegui. Por esto entró a nuestra casa sin ruido, sin bombo, y dentro, pagó como nosotros su gabela de amargura. Además, a su llegada comenzaban en México las persecuciones a los comunistas, y ella se amparaba a la sombra de un líder comunista.

Por esto en cuanto llegó comenzó a golpearla el infortunio. Por fortuna para ella, en relación con su aspecto físico, la resistencia y el poder de movimiento son como de diez a uno. Lo demostraba desde antes su frágil figura que aparece y acciona en distintos pueblos de la América Meridional, ruidosamente. Va al Perú a enaltecer la memoria de un gran poeta peruano-uruguayo, y descontenta con Leguía se burla de él y lo combate por medio del periódico satírico *Guerrilla*. El tirano de Lima la expulsa del país incaico. De vuelta a la patria conoce a David Alfaro Siqueiros y oye hablar de la revolución mexicana, y tomando su maleta sin vacilar, de la mano con su «baby» que no tiene ni dos años, atraviesa el mar y entra a nuestra casa sin miedo a sus discordias.

Los militantes compañeros de Siqueiros la trataron mal y los demás no le hicieron caso. Sufrió iras o desprecios de tirios y troyanos. Y luego la pequeña honda tragedia de la prisión del pintor; los días sin dinero ni amigos, casi sin pan ni casa, con el compañero hundido en lóbrega celda. De ese sufrimiento tengo un recuerdo penoso: Un día llegaron a mi despacho dos viejecitas y me dieron la noticia de que hacía unos momentos mi amiga acababa de ser atropellada por un camión. Llevé conmigo a un médico compañero de trabajo y minutos después estábamos en la comisaría, donde en la obscura



Blanca Luz Brum
Vista por Alfaro Siqueiros

sección médica, sobre desmantelado lecho de hierro, estaba nuestra poetisa, con una herida en la cabeza y varias contusiones en los brazos. Un pesado carro, pasando demasiado cerca de ella, que transitaba distraída, la arrojó hasta el embanquetado. El chofer huyó. ¿Y para qué castigarlo? Mi compañero dió la responsiva profesional ofreciendo encargarse de la enferma, y Jesús Alfaro Siqueiros y una muchacha se la llevaron a su domicilio. Era el tiempo álgido de su mala fortuna.

De esa época negra nace *Penitenciaría-Niño Perdido*, aunque no hubiese sido su libro si no se hubiesen separado fragmentos al montón epistolar de la poetisa con Siqueiros, en el que tanto hay todavía de dolor cotidiano, de sollozos perdidos. De ahí han salido las 20 páginas de ese libro que tanto impresiona por el acento de pena verdadera que encierra.

Y a mí, ¿qué impresión me queda de la lectura de *Penitenciaría-Niño Perdido*? La de un largo viaje, durante años, a través de los suburbios, en un carro de gentes pobres y doloridas. Los que viven en las herrumbradas y chaparras calles de Lecumberri: obreros; los que van a la cárcel un día y otro día, a ver a sus presos: mujeres de obreros. Vestidos de géneros raídos y grises; rostros arrugados y amarillentos. A cada parada terminal en el viaje, unos fríos muros; rechinar de grandes verjas de hierro tras altas paredes lisas y de un blanco que hiere los ojos al reflejo del sol. Como recuerdo histórico, el asesinato de Madero. Hacia esa dura cárcel corría Blanca Luz diariamente, y no contenta con los momentos de compañía que daba al pobre preso, completaba de lejos su presencia con cartas largas y llenas de pasión, con avisos, con notitas de pobres envíos de colores o de algún libro:

*un frasco de Secative Lefranc,
cuatro pinceles nuevos,
un bastidor de 60 por 70;
¿qué más?*

o muy constantemente fantásticas alucinaciones, como el recado de 28 de junio:

*Locomotoras y estrellas cruzan la noche,
viajamos por túneles de ensueño, ¡hacia el
encuentro!, ¡hacia el encuentro! Amaneceremos
en la mañana fresca y caliente como
un pan. Te beso cien veces en tu pulso, en
las sienas, en los oídos, en las palmas de*

tus manos, y más que nada en tu boca maravillosa y engreída.

La mujer que escribió estas dolientes líneas, es la que ha dicho después, sin duda todavía con el amargor en los labios, todavía sintiendo a su lado la presencia del fantasma del Dolor:

*Yo detento la máquina ardiente
y paso encorvada frente a aquellos
días que reposan junto a mis párpados...*

porque la huella de los dolores no se puede borrar tan pronto de un alma donde como en cera imprimen su impacto las emociones, esas que dejaron su marca amarilla, marca que queda en los versos, en los que el tono melancólico no desaparece ni cuando los encantos de la sensualidad despiertan el emocio-

*Pasa la alfombra del tedio
bajo mis pies de amaranto,
la densa perla del día
tiembla en mi mano hecha canto.*

*Oigo las rudas campañas del temporal,
párpados de agua cargados
cruzan las ráfagas vivas,
dejó mis párpados rojos el temporal*

*atrás el mar de altos pechos
las cabalgatas perdidas...*

Luego, la melancolía se vuelve saudad. Mira la casa paterna abierta allá a lo lejos para ella, esperando. Los recuerdos familiares se amontonan en su mente. La imaginación, con su rápido cabalgar, la acerca al hogar, haciéndola proferir esta exclamación:

*Ahora es cuando miro en una playa lejana y
el brazo cálido de mi hermana mayor [verde
en señal de fiesta.*

*Es una hermana mayor robusta y marítima
y el mar es el Río de la Plata.*

Pero la pasión amorosa no deja de imprimir en su pensamiento nuevas y constantes imágenes. Tienen el dejo de melancolía de las tristezas de la carne, y como pájaros con las alas rotas, están detenidas sobre la barandilla del puente de su barca; y no dejan de mirarla hasta que con su mano los toma y en su seno les da calor:

*En las noches de tus ojos
dos marineros fuman
su pipa de ámbar.*

*Tu tristeza tiende puentes de angustia
en mi garganta
y su estridencia
se queda adentro, como en las fábricas*

*porque a mi corazón de rudas poleas
no lo puede seguir tu corazón
que es como un cordero que crece con miel.*

*Sin embargo, no sé qué cosa fina
nos ata las patitas
como a un casal de pájaros.*

Estos son los poemas de ahora. Los de antes, más claros, no tenían ese sello triste. Eran sanos y llenos de esplendor matutino. Eran como blancos niños desuados. Pero aquí, entre nosotros, Blanca Luz ha sufrido, ha luchado y se ha transformado. Quizás en otros climas retorne a su mente la alegría, quizás cantando alegremente llegue a cantar mejor. Pero si en México ha tenido clavados los siete puñales, si aquí ha llorado, si aquí se ha llegado a perfeccionar en la escuela del dolor, no cabe duda que ésta, para su arte bella, ha sido la mejor escuela.

Jesús S. Soto

México, D. F. Abril, 1932.